







# JUAN PALOMO,

## O LA EXPIACION DE UN BANDIDO.

Segunda parte

DE LOS SIETE NIÑOS DE ECÍJA.

*Drama en cinco actos y en verso, por D. LUIS MEJIAS Y ESCASSA, representado por primera vez con extraordinario éxito, en el teatro del Balon de Cádiz, el día 24 de Junio de 1865.*

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA FRANCISCA. ....	Doña Cristina Cortés y Avilés.
MAGDALENA. ....	Doña Pastora Osuna.
QUITERIA. ....	Doña Josefa Cruz.
CASILDA. ....	Doña María Galán.
JUAN PALOMO. ....	D. José María Caballero.
ENGRUPO. ....	D. José Villegas.
EL CIERVO. ....	D. Gaspar Ramos.
D. PEDRO DE ARIAS. ....	D. Sebastian Beehio.
TIO CIRRO EL PELON. ....	D. José Barrocal.
EL TIO CARACOLIS. ....	D. Antonio Lopez.
ANSELMO. ....	D. Joaquín Regaúson.
BANDIDO 1.º. ....	D. Joaquín Aragón.
Id. 2.º. ....	D. N. N.
UN MEDICO. ....	D. Francisco Guerrero.
UN MAYORAL. ....	D. N. N.
EL JABALI. ....	D. José Santander.
DIEGO (niño de diez años.)	
UN COCHERO. ....	{ no hablan.
UN LACAYO. ....	

*Pasajeros, bandidos y labriegos.*

### ACTO PRIMERO.

#### Las Ventas de Cárdenas.

Interior de las Ventas de Cárdenas. á la embocadura de Sierra Morena. Ajuar pobrisimo de mesa y sillas; un velon ardiendo sobre la primera, y junto á la misma dos escopetas. Es de noche.

#### ESCENA PRIMERA.

*EL PELON y ANSELMO.*

ANS. Con que esta noche?..

PEL. Esta noche

pasará una diligencia  
y es preciso hacer negocio  
ANS. Y yo tambien?..  
PEL. Tú en la venta  
esperando el resultado  
de lo que ocurra, te quedas.  
Si es caso que la fortuna  
á algun pasajero alberga  
en este meson, tú, Anselmo,  
tengo aquí hasta que yo vuelva.  
ANS. Está bien.  
PEL. A preparar  
vamos pues las escopetas,  
que aunque la noche está mala,  
para mí debe estar buena.  
ANS. Y los otros compañeros?  
PEL. Rodando por las malezas,  
escondidos, temerosos  
de que una partida venga  
y de con ellos, y un lazo  
en el pescuezo les tienda.  
Gente cobarde! No saben  
que ya no hay Niños de Ecija  
por el camino. Esos perros  
despues de tantas proezas,  
de perseguir desgraciados,  
de matarlos sin conciencia,  
al fin parece que ya  
se han retirado á su tierra  
cada uno, á disfrutar  
lo que adquirieron á fuerza  
de crímenes, aun mas grandes  
que los que ahora se cometan.  
ANS. Y diga usted: Juan Palomo...  
PEL. No me lo nombres siquiera;  
por todas partes su sombra  
me persigue y me molesta.  
Pero no hay que temer; Juan  
ya no anda por esta tierra,  
que, segun noticias tengo,

y son noticias certeras,  
cansado de perseguir  
bandidos, pidió licencia  
y se ha marchado á Madrid  
á cosas que le interesan.

ANS. Pues por aquí no ha pasado.

PEL. Quién sabe! Pero él no piensa  
que yo ando por estos sitios,  
ni quiera Dios que lo sepa.

ANS. Le teme usted?

PEL. Tu no sabes  
quién es Juan Palomo.

ANS. Sea  
lo que fuere: pero ya  
dicen que aunque fué una fiera,  
se encuentra tan convertido...

PEL. Hipócrita! Si supiera  
que yo ando por estos sitios,  
de fijo, hasta aquí viniera,  
que tiene conmigo aun  
pendiente una larga cuenta.  
No vendrá: ignora del todo  
que yo esté en Sierra Morena;  
pero si viene algun día,  
si es que tú con Juan te encuentras  
no le digas que al Pelon  
conoces: ni que siquiera  
de mí has sabido en tu vida.

ANS. Lo que es yo...

PEL. Las escopetas  
trae.

ANS. (*Trayendo las dos que están junto á la mesa.*)

Tome usted la suya,  
que yo me quedo con esta  
por si se me ofrece algo.

PEL. Que llegue esa diligencia.  
Yo te aseguro, que no  
quedará sin recompensa  
el afán conque esta noche  
voy á salir á la Sierra. (*case foro.*)

## ESCENA II.

ANSELMO solo, despues de haber dejado su escopeta en  
el lado de la derecha.

Dios haga que ese negocio  
salga derecho! Siquiera  
que tengamos que comer  
ya que otra cosa no sea.  
Válgame Dios, y qué vida  
se pasa por estas ventas!  
Desde que se establecieron  
las malditas diligencias,  
todo el que viaja, vá  
prevenido de escopeta,  
y como van muchos juntos,  
no hay quien con ellos se atreva.  
Hasta salir á robar  
es un cargo de conciencia;  
se espone uno á que le larguen  
un tiro por la cabeza;  
y para qué? para nada,  
por robar una miseria.  
Me parecía de caballos  
oir pisadas... Bueno fiera  
que algun pasajero... Puede...  
le sabremos á la puerta.  
*(antes de salir aparece el Ciervo por el foro.)*

## ESCENA III.

ANSELMO y El CIERVO.

CIERVO. Lleva el caballo á la cuadra  
y échale un pienso...

ANS. (*Con la!*  
ó yo conozco esa voz,  
ó esta no es la vez primera...)

CIERVO. No oyes?

ANS. No es que no oiga,  
no padezco de sordera;  
pero lo que usted me pide,  
no lo hay en esta venta.

CIERVO. Pues entonces...

ANS. Lo entraré,  
si usted quiere, pero á secas.

CIERVO. En no habiendo otro remedio,  
qué se ha de hacer?

ANS. No quisiera  
equivocarme, mas yo  
he visto á usted en esta tierra.  
Usted no es lo que parece...  
Usted en lo antiguo...

CIERVO. Qué era?

ANS. Que usted anduvo por aquí  
rodando por estas sierras.  
Yo era eliquillo, y me acuerdo,  
lo que es de la cara esa.

CIERVO. Y eso qué tiene de extraño?  
Te interesa?

ANS. No; mas...

CIERVO. Ea,  
pues quizás no te equivoques.  
Lleva el caballo: á qué esperas?  
O es que te habrás figurado  
que yo soy algun babieca  
y te propones robarme...

ANS. Válgame Dios!

CIERVO. Te atormenta  
que conozca tu intencion?  
Pues mira, mala es la presa,  
porque antes de ser quien soy,  
fui quien fui, y si me recuerdas...  
Andando...

ANS. Voy. No se enfade...  
(Cuando yo dije...) (*case por el foro.*)

## ESCENA IV.

El CIERVO solo.

Es tontera,  
se nos conoce en la cara  
que fuimos Niños de Eñija.  
Pues señor, capricho ha sido  
el citarme en esta venta  
Juan Palomo!... Pero, manda  
el capitán... Quién se niega...?  
Que será lo que le trae  
de nuevo á sierra Morena?  
Anduvimos por ahí  
desde nuestro indulto, en esa  
persecucion de bandidos  
que tanto nombre nos diera,  
y cansado de esa vida  
yo me vine á santa Elena,  
sin que en diez años de Juan  
baya sabido siquiera,  
hasta que ayer una carta

recibi, en que manifiesta  
que va á pasar por aquí,  
que lo espere en esta venta,  
que quiere darme un abrazo  
y luego seguir su senda.  
Pero aquí está este tunante  
otra vez.

ESCENA V.

*El mismo y ANSELMO.*

Ans. Ya está la bestia  
resguardada de la lluvia.

Ciervo. Está bien; y aquí no hay leña?

Ans. Eso sí; vale barata  
y tenemos gran cosecha.  
*Tráe leña y enciende fuego junto al cual se sienta  
(el Ciervo.)*

Pero... ¿usted se queda aquí?

Ciervo. Mucho preguntas.

Ans. Por fuerza

Como que hace mucho tiempo  
que yo vivo en esta venta,  
y es el primer pasajero  
que ha entrado por esa puerta.

Ciervo. Pues dime: ¿qué hacen ustedes  
entonces aquí?

Ans. Friolera!

Salimos al monte; allí  
cortamos alguna leña  
que vendemos; ó cazamos;  
si pasa una diligencia,  
la acompañamos un trecho,  
y así vivimos.

Ciervo. Es buena.  
Y cuántos están ustedes?

Ans. Yo y un viejo.

Ciervo. (Quién te crea!)

Y nada más!

Ans. Nada mas.

Ciervo. Pues tenéis buena faena!  
Me parece que me engañas,  
que yo he vivido en la Sierra,  
y hay aquí otra ocupación  
mas lucrativa que esas.  
Pues mira, te lo prevengo,  
porque mucho te interesa:  
yo espero un hombre esta noche  
que ha de llegar á la venta:  
con él me precisa hablar  
sin que nadie nos entienda:  
si ustedes incomodarnos  
ni por un momento piensan,  
aquí traigo por compañía...  
Ves! *(mostrándole el trabuco.)*

Ans. ¡Jesus! Y qué escopeta!  
Está bien.

Ciervo. No sientes tú?

Ans. Sí, pisadas son de bestia.

Ciervo. Pues sal al camino y mira.

Ans. Está tan oscuro...

Ciervo. ¡Arrea!

Ans. No es menester que yo salga,  
porque ya quien es, se acerca.

Juan. *(dentro.)* Ciervo!

Ciervo. Aquí estoy. Voy corriendo  
á abrazarlo.

*(vase y vuelve á poco con Juan Palomo.)*

ESCENA VI.

*ANSELMO, á poco JUAN PALOMO y el CIERVO.*

Ans. Oh! Qué idea!

Esta gente debe ser  
gente de por estas tierras.

Sí, sí, yo le visto esa cara...

¿Qué traen? Pero, ya llegan.

Ciervo. Entra, Juan; descansa aquí;  
vienes calado.

Juan. ¿Qué quieres?

Ciervo. ¿Qué has hecho?

Juan. Mis padeceres,  
quieres que te cuente?

Ciervo. Sí.

Después de ausencia tan larga,  
cúculas tú si mi afán...

Vamos, descansa aquí, Juan,

que si tu vida fué amarga,

ahora te encuentras conmigo

para desahogar tu pecho.

¿Qué mas quieres? Lo derecho  
siempre, es tener un amigo.

Ans. Estorbo?

Ciervo. Ya te lo he dicho:  
ni esenchar, ni hacerse el tonto;  
que te he conocido pronto  
y sé que eres un mal bicho.

Ans. No hay de que. *(vase por la izquierda.)*

ESCENA VII.

*JUAN PALOMO y EL CIERVO.*

Ciervo. Siéntate, Juan,  
y enjugate aquí en el fuego;  
mas deja que desde luego  
te llame, mi capitán.

Juan. Ciervo, esa vida pasó.

Ciervo. Lo sé, pero eso no importa;  
a la larga ó á la corta  
mandas tú, obedezco yo.  
Mandando tú y yo obediente,  
es igual para mi plan.  
tienes que ser capitán  
ó coronel, ó teniente.  
Cuánto tiempo! Quién pensará!  
Y estas flaco...

Juan. Mis pesares,  
como los tengo á millares,  
se me asoman á la cara.

Ciervo. Vamos; y vienes aquí?...  
Ansioso estoy por saber...

Juan. Pronto vas á comprender  
qué es lo que pasa por mí.  
Dándole rienda á mi pena,  
porque es mi vida afligida,  
yo te contaré mi vida  
que está de pesares llena.  
Y tú?

Ciervo. Yo, bien.

Juan. Y tu gente?

Ciervo. Tan completa.

Juan. Tu mujer?...

Ciervo. Con muchas ganas de ver  
a su capitán valiente.

No, lo que es yo, me conservo,

vivo bien, no tengo apuro.

Mas tu mujer, de seguro

que estara...  
 JUAN. Callate, Ciervo.  
 Por mucho que tu barruntas  
 lo que por mi vida pasa.

CIERVO. Pero tu mujer? Tu casa...

JUAN. Ciervo, no me lo preguntes.  
 El mundo es una quimera,  
 y aquel que en mujeres fia,  
 su fortuna, su alegría,  
 su esperanza lisonjera,  
 tan solo por premio alcanza  
 en pago de su querer,  
 perder fortuna, mujer,  
 alegría y esperanza.

CIERVO. Qué dices?

JUAN. Oyeme atento;  
 registraré mi memoria,  
 y te contaré mi historia  
 si me deja el sentimiento.  
 Diez y seis años hará  
 que, cual tigres foragidos,  
 los dos con otros bandidos  
 andábamos por acá.  
 Así la pícara suerte  
 lo tenía decretado,  
 y era nuestro afán menguado  
 buscar por dō quier la muerte.  
 Mas no es que aquel existir  
 nuestra vida sostenia,  
 que, Ciervo, yo maldiecia  
 aquel modo de vivir.  
 Ello es, que llegó un momento  
 de dolores, de ansiedad,  
 que me hizo ver la verdad  
 y me dió arrepentimiento.  
 Yo ví a mi amor sucumbir  
 en los brazos de un hermano,  
 y á poco mas, inhumano  
 á mi padre ví morir.  
 Recuerdas? En mi afliccion  
 con un pesar tan profundo,  
 á los pies de un moribundo  
 pedimos á Dios perdon.  
 Y acordamos sin recelo  
 cansados de aquella guerra,  
 hacer mérito en la tierra  
 porque nos premiara el cielo.  
 Así finé; nos inbultaron,  
 y en cambio, al vernos tan fieros,  
 á perseguir bandoleros  
 al camino nos echaron.  
 Cumpliendo nuestra mision,  
 partidas muchas salieron,  
 pero todas sucumbieron  
 víctimas de nuestra accion.  
 Ciervo, yo no era feliz,  
 ni aun viéndome perdonado,  
 que de haberme enamorado  
 habia tenido el deslíz.  
 Y en mi pesar insufrible,  
 comprendiendo mi locura,  
 mi funesta desventura,  
 aquel amor imposible,  
 desistí de mi manía,  
 de aquel amor soberano,  
 hice feliz á mi hermano,  
 y me casé con Maria.

CIERVO. No recuerdes esa historia  
 pues si con solo esa accion,

y esto no es ponderacion,  
 debiste ganar la gloria.

JUAN. Así seis años pasaron:  
 en tanto perdí á mi madre,  
 mas las caricias de padre  
 en breve me consolaron.  
 Hartos ya de tragar,  
 con mérito suficiente,  
 dispersamos nuestra gente,  
 nos fuimos á descansar.  
 Repartimos sin quisquilla  
 nuestro caudal; mi mujer  
 se empeñó, y á establecer  
 nos marchamos á Sevilla.  
 Allí algun tiempo viví,  
 puse en giro mi dinero,  
 y mucho traginé, pero  
 en todo, Ciervo, perdí.  
 Que lo que es mal adquirido,  
 por mas que el hombre se afana,  
 de la noche á la mañana  
 se mira al cabo perdido.  
 Sin embargo, era dichoso;  
 amaba mucho á Maria:  
 pero ay! que la suerte impía  
 se negaba á mi reposo.  
 Un día, ví amanecer  
 tras de noche tormentosa,  
 qué mañana mas hermosa  
 vieron mis ojos nacer!  
 Con la calma del que es bueno  
 desde mi reja veía  
 nacer aquel nuevo día,  
 para mí de encantos lleno.  
 En el lecho maternal  
 cerca de mí reposaba  
 una niña, á quien yo amaba  
 con cariño paternal.  
 A Dios dije mi oracion,  
 y sin que nada me aflija,  
 fui á besar á mi hija,  
 á mi hija del corazón.  
 Penetro en el cuarto; allí  
 busco al bien que tanto ansió:  
 el lecho estaba vacío,  
 busco, busco... á nadie ví.  
 Llamo, y nadie me responde;  
 grito, y nadie me contesta:  
 el silencio es la respuesta;  
 corro loco, pero á dónde?  
 Me quiero tranquilizar;  
 busco en mi imaginacion  
 un recuerdo, y mi afliccion  
 me lo viene á demostrar.  
 Un amigo yo albergué,  
 en mi mesa le di asiento,  
 en mi casa un aposento,  
 en mis brazos le estreché.  
 No está en la casa tampoco,  
 entonces lanzo un suspiro,  
 y conozco que deliro,  
 que me voy volviendo loco;  
 y en mi ciego frenesí,  
 maldigo hasta aquella aurora,  
 y maldigo hasta la hora  
 en que á este mundo nací.

CIERVO. Pero luego...

JUAN. El luego vino:  
 hace diez años lo busco,

y por mucho que rebuseo  
no lo encuentra mi destino.

CIERVO. Es decir...

JUAN. Que sin saber  
si María me hizo traición...

CIERVO. Que?...

JUAN. Desde aquella ocasión.

CIERVO. no tengo mujer.

CIERVO. Pero...

JUAN. Deja que me alija;  
que por mucho que he buscado,  
por el mundo no he hallado  
ni á mi mujer, ni á mi hija.

CIERVO. Y de aquel hombre, di, Juan,  
no has sabido?

JUAN. Si supiera!...

CIERVO. Qué desgracia!

JUAN. El sino era;  
de nada sirve mi afán.

Quién crímenes cometió,  
y esta verdad en ti encierra,  
tarde ó temprano en la tierra  
sus crímenes espío.

Que no sirve arrepentirse,  
sirve vivir como un santo,  
y para llegar á tanto  
vivir sufriendo y morirse.

CIERVO. Y solo estás?

JUAN. Y qué espero  
de vivir acompañado?

CIERVO. De modo que has olvidado

que tienes un compañero?

Deja ya pasar tu pena,  
Juan; sabes que soy tu amigo;  
te vas á venir conmigo  
á vivir á santa Elena.

JUAN. No es posible; por mi mal  
no es tan solo ese fracaso.  
Empeñado en un mal paso  
tengo todo mi caudal.  
Y con tal de desliarlo,  
hecho un mar de confusiones,  
en busca de relaciones  
voy á Madrid, por salvarlo.

CIERVO. Iré contigo; ni un día,  
ni un momento de tu lado  
he de vivir separado.

JUAN. Déjate de tontería.  
Tú eres feliz.

CIERVO. Con tu afán,  
quieres que yo aquí me quede?  
Vivir el soldado puede  
cuando muere el Capitan?  
(*suenan un disparo lejano.*)  
Pero no escuchaste!

JUAN. A ver...

CIERVO. Algo sucede, está claro.  
(*suenan un segundo disparo.*)  
No escuchas! Otro disparo.

JUAN. Qué será?

CIERVO. Qué puede ser?  
De fijo, alguna imprudencia.

JUAN. Pero...

CIERVO. Ladrones seran.

JUAN. Ladrones!

CIERVO. Sí.

JUAN. Y estarán...

CIERVO. Robando una diligencia.  
Siempre hay estos atropellos.

JUAN. Desgraciados! Vámonos!

CIERVO. Como!

JUAN. No saben que Juan Palomo  
se encuentra cerca de ellos.  
(*Anselmo se ha asomado á la puerta de la izquierda y ha escuchado las últimas palabras.*)

ANS. (Juan Palomo!) (*suenan un tercer disparo.*)

CIERVO. Por mi vida  
que está la broma pesada!

JUAN. Hagamos esta jornada,

CIERVO.

CIERVO. Si es una partida...

JUAN. Bastamos solos los dos,  
que no podemos morir,  
pues solo para sufrir  
nos tiene en el mundo Dios.  
Corramos. (*Toman los trabucos y salen por el foro precipitadamente.*)

## ESCENA VIII.

ANSELMO solo.

Digo! Palomo!

Jesús y lo que he escuchado!  
Pues señor, lo que es ahora,  
sin mas remedio, entregamos  
el pellejo. De seguro  
que muere Curro Lazcano  
el Pelón, en cuanto Juan  
sepa que de aquí es el amo. (*suenan disparos.*)

Digo! La cosa es de veras!  
Pero, señor; qué diablos  
traerán los Niños de Ecija  
por aquí, que yo no caigo?...  
Y quién se atreve con ellos?

Cuanto los sienta, me escapo,  
que estoy bien con mi cabeza  
y no quiero darla al diablo.

Si lo dije; si el primero  
me pareció un hombre malo!  
Me celaba unos ojos... Y él  
me conoció de contado.

Sí, me esconderé; si puedo  
aquí una traición les armo,  
para que sepan que si ellos  
son cazadores, yo pájaro.

Juan Palomo! Qué será  
del Señor Curro Lazcano  
que tanto miedo le inspira  
ese hombre? Siento pasos...

Pues señor, aquí me escondo  
y veremos lo que fraguó.

(*Entra por la izquierda. — Aparecen por el foro el Pelón y dos bandidos maniatados. Tras ellos Juan Palomo, que amenaza dispararles con el trabuco y los arrolla sobre la derecha, en primer término. Un Mayoral de diligencia y el Cervo, traen entre sus brazos á Magdalena desmayada, que colocan en una silla, cuando le indica Juan Palomo. Tres de todos algunos pasajeros de distinto sexo, que acobardados se arrodillan en un extremo.*)

## ESCENA IX.

JUAN PALOMO, el CIERVO, el PELÓN, MAGDALENA, el  
MAYORAL, Bandidos y Pasajeros.

JUAN. Infames! El que siquiera  
para escaparse de un paso,  
le atravieso el corazón.  
Ahí de rodillas, malvados,  
asesinos miserables,

y cobardes inhumanos.  
Si no tuviera promesa  
de ser, como soy, honrado,  
ya yo os hubiera á los tres  
tendido de un trabuazo.

CIERVO. Mira, Juan.

JUAN. El qué?

CIERVO. O soñando  
estoy, á la Virgen del Valle  
se parece.

JUAN. Ah!

CIERVO. Qué te ha dado?

JUAN. Ciervo! Qué mujer!

CIERVO. Qué tienes?

JUAN. Desde que al coche llegamos,  
y á la luz de la linterna  
vi su cara...

CIERVO. Vamos, vamos,  
que te gusta; pues si á mi  
tambien, y yo soy un ganso!

MAY. Y la pobre señorita,  
cuando vuelva en sí, que paso!  
encontrarse sin sus padres,  
sola entre nosotros...

JUAN. El diablo  
me condujo aquí esta noche.

Ciervo: estoy desesperado.

Con una mujer como esta

ha tiempo vivo soñando,

que esa mujer es tan bella

cual la Virgen del Milagro.

Qué desgraciado nací:

ay! Ciervo, que desgraciado!

CIERVO. Desgraciado! No lo entiendo.

Juan, tu aquí eres solo el amo.

JUAN. Si otro que no fueras tú  
me lo dijera, en mis manos  
le hiciera dejar la vida  
su blasfemia así pagando.  
Aunque yo sea Juan Palomo,  
Ciervo, soy un hombre honrado,  
y aun siendo bandido, fuilo,  
que mis manos no enlutaron  
en la tierra á ningún ser  
por haberle ellas tocado.

CIERVO. Perdona...

MAY. Ya vuelve en sí.

CIERVO. Silencio.

JUAN. (Dios soberano:

quién me condujo á este sitio?

Mi sino solo me traje.)

Señorita...

MAY. ¿Dónde estoy?

JUAN. No tema usted.

MAY. Cielos santos!

Qué sitio es este? Y mis padres?

JUAN. Señorita...

MAY. ¿Dónde me hallo?

Oh! Yo recuerdo... Si, si...

yo caminaba... un disparo

sonó tan cerca de mí,

que mis ojos se nublaron.

Después un grito de muerte...

Mis sentidos trastornados...

Perdí el habla... no recuerdo...

no recuerdo más...

CIERVO. (Canario!

¿Quién le dice?...)

MAY. Madre?... Padre!

Oh! No están? Bandidos: bárbaros.

devolvedme al padre mío...

á mi madre... No hacen caso...!

Ya sé: estoy entre bandidos...

JUAN. Señorita!...

MAY. Usted?...

JUAN. Yo...

CIERVO. (Vamos...

que me van á hacer llorar

á la postre de mis años.)

JUAN. No hore usted, señorita:

por la Virgen del Milagro.

Hay cosas que Dios dispone

y es menester conformarnos.

No está usted entre bandidos,

que se halla usted á mi lado,

y soy tan hombre de bien,

que por el Dios soberano

le juro, y él nos escucha,

que no habrá ningún osado

que sobre usted, señorita,

ponga un dedo de su mano.

MAY. Pero mi padre...? Mi madre...?

JUAN. No debe usted preguntarlo.

MAY. Oh! Comprendo: los han muerto!

Oh! yo tambien... Qué resguardo

me queda ya en este mundo?...

Yo... muero... (Se desmaya.)

CIERVO. Se ha desmayado

otra vez...

JUAN. Ciervo, de ti

necesito en este caso.

CIERVO. Manda cuanto quieras.

JUAN. Anda,

colécala en un caballo,

y llévala á Santa Elena,

á tu casa...

CIERVO. Digo: andando.

JUAN. Que vayan los pasajeros

tambien y se alojen...

MAY. Vamos.

(Salen el Ciervo, á quien ayudan los pasajeros á  
llevar á Magdalena. Cuando vá á salir el Mayor, á  
lo detiene Juan Palomo.)

JUAN. No: que vayan con el Ciervo.

Tú al coche; toma el retaco

y saca esos tres mosquitos:

los pones bien amarrados,

y cuando ya lo hayas hecho,

desenganchas un caballo,

te vas á la Carolina

donde radica el juzgado.

Avisas al Juez. Ya sabes.

sin que te duermas.

MAY. (al Pelon y bandidos.) Andando.

PEL. Malos demonios se traguen

al hombre que te ha mandado.

MAY. Cuidadito con la lengua.

JUAN. ¿Quién habló?

MAY. Nada, este bárbaro.

JUAN. Pues cuenta, que si el trabuco

por casualidad agarro...

(Hasta este momento no habrá reparado Juan Pa-  
lomo en la cara del Pelon, que este habrá cuidado,  
durante la escena anterior, de tener recatada.)

Pero qué es esto? Dios mío!

Qué hombre es este?

PEL. Te hace daño

mi presencia; ya lo sé.



JUAN. me hallo de ti vengado.  
Si, yo morire en la horca  
mi crimen allí pagando,  
mas tú morirás tambien  
en tus pesares ahogado.

JUAN. Y me contengo? Dios mio!

Quieres verme mas humano?

(El Ciervo vuelve á entrar á recoger su trabuco.)

CIERVO. Juan, qué es esto?

JUAN. Ciervo, ese es  
el hombre que ando buscando.

CIERVO. Pues mira, yo como tú  
no tengo tanto reparo.  
Voy á darle en la cabeza,  
sin pararme, un trabucazo.

JUAN. Ciervo, no. Déjame solo:  
á obedecer lo mandado.

CIERVO. Lo mandas...

JUAN. Y se obedece.

CIERVO. Ten cuidado.

JUAN. No hay cuidado.

Ese hombre se queda aquí,  
para custodiarlo, basto.

(Vanse el Ciervo por un lado y el Mayoral y los  
bandidos por otro.)

## ESCENA X.

JUAN PALOMO y El PELON.

JUAN. Ya estamos solos. Ahora  
te voy á desamarrar. (lo hace.)

PEL. Ya sé; me vas á matar.

JUAN. Al fin la suerte traidora  
te atraviesa en mi camino.

PEL. Qué intentas?

JUAN. Lo vas á ver.

A dónde está mi mujer?

Dímelo pronto, asesino.

Habla ó sí!

PEL. Fuera mengua.

Está fallada mi suerte:

sé que me espera la muerte.

JUAN. Te voy á arrancar la lengua.  
Habla.

PEL. No; el silencio mio  
es mi defensa...

JUAN. Prometo,  
si descubres el secreto,  
darte libertad.

PEL. No fio,

JUAN. Pero, di; qué te hice yo  
para que así me destroces  
y en mi infortunio te goees?

Habla; di pronto, ó sinó...

PEL. Juan, yo te aborrezco tanto,  
que me es mas dulce morir,  
que tenerte que decir  
lo que preguntas...

JUAN. Me espanto  
de encontrar un corazon  
mas de fiera que de hombre!

PEL. Y en ello, qué hay que te asombre?  
Tus crímenes pocos son?

JUAN. Dices bien; fui criminal  
y por eso sufro y peno,  
mas me propuse ser bueno

PEL. Y lo fuiste por tu mal.

JUAN. Pero es que mi vida trunca  
tu silencio... Haces que pene...

PEL. Juan, quien malas mañas tiene  
á las pierde tarde, ó nunca.  
De todos modos, la vida  
ya sé que perder me toca;  
pues bien, callando mi boca  
mi venganza está cumplida.

JUAN. Pero, mi hija, mi mujer?...

PEL. No piensen en ti siquiera.

JUAN. Dónde están? Me desespera...

PEL. Juan, no lo quieras saber.

JUAN. Pero viven?

PEL. Viven, sí.

JUAN. Y viviendo...

PEL. No sabrás...

JUAN. Es que tú me lo dirás...

PEL. Es que yo me vengo así.

JUAN. Pero, te vengas; de qué?

No fui tu amigo? En tu afán,

no comiste de mi pan?

Conmigo no te alojé?

Qué te hice yo, desgraciado!

porque me tengas en poco?

Mira que me vuelvo loco;

que ya estoy desesperado;

que no puedo contenerme;

que tu misera venganza

me hace perder la esperanza

que ha podido sostenerme

diez años; diez años, sí;

No le basta esto á tu encono?

Dímelo ya, y te perdono.

PEL. Descaba ese frenesí.

Mira, yo nada tenia,

me miraba perseguido,

y estaba tan aburrido

que de pena me moria.

Tropecé una vez contigo,

me tendistes una mano,

y me llamaste tu hermano;

me acogistes como amigo.

Tú eras rico, yo envidioso,

tu eras amado, yo no,

y en aquel estado, yo

estaba fiero, celoso.

Te odié, porque el odio mio

era al mundo, y á mi suerte,

y me propuse perderte

por dar rienda á mi albedrío.

Un hombre vió á tu mujer,

y cuando la vió tan bella,

se volvió loco por ella;

yo lo supe, y fuílo á ver.

Y obrando con mi fiereza

yo tu mujer le ofrecí.

si él me daba en cambio á mi

gran parte de su riqueza.

Accedí, formé mi plan,

lo puse en práctica al punto,

mas me miraba difunto

cuando en tí pensaba, Juan.

Era preciso á tu herida

poner tambien un calmante,

y me ocurrió en el instante

medio de salvar mi vida.

Y tu mujer te robé

y se la entregué al cuitado.

JUAN. Pero, mi hija...

PEL. A mi lado  
entonces me la llevé.

Juan Palomo.

—Su vida guarda la mía,—  
me dije en tal situación  
JUAN. Obraste sin corazón,  
me robaste mi alegría.

PEL. Fui rico...

JUAN. Y luego?... Después,  
tu mujer era dichosa...

JUAN. Oh! Cállate...

PEL. Es horrorosa  
la historia...

JUAN. Si, que lo es...

PEL. Pero mi hija...

JUAN. Oye, Juan.

Pronto sin oro me vi,  
porque todo lo perdí  
en medio de tanto afán.  
Entonces robé; la suerte  
estaba conmigo fiera,  
y me vi—suerte rastrera!—  
en los brazos de la muerte.  
Me prendieron, deserté,  
busqué á tu hija para huir  
con ella... para partir;  
pero, Juan, no la encontré.  
Me vine aquí, y aquí estoy;  
siempre asustado he vivido;  
tu sombra me ha perseguido  
hasta que te encuentre hoy.

JUAN. Pero, mi mujer...

PEL. Después  
no he vuelto á saber de ella.

JUAN. Oh! nací con mala estrella  
Me engañas?

PEL. La verdad es.

JUAN. Pues bien: frente á frente estas  
del hombre que has ofendido;  
defiéndete, ó cual bandido  
á mis manos morirás.  
Ya se cumplió tu destino;  
toma un trabuco; dispara;

(Dándole la escopeta que puso Anselmo á la derecha.)  
defiéndete cara á cara  
ó mueres como asesino.

PEL. Es claro, ya lo sabía;  
eres valiente, lo sé.

Oh! yo no te tiraré,  
de seguro moriría.

JUAN. Defiéndete.

PEL. Tira ya,  
y acaba pronto conmigo.

JUAN. Cobarde!

PEL. Soy tu enemigo.

JUAN. Pues bien, toma.

(Le apunta con el trabuco. Cuando va á disparar, Anselmo,  
que ha estado en acecho durante los últimos versos, se echa  
sobre Juan Palomo por la espalda, y le sujeta los brazos. En-  
tonces, según marcan los versos, el Pelon apunta á Juan.)

ESCENA XI.

Los mismos y ANSELMO.

ANS. Quieto.

JUAN. Ah!

ANS. Tirale

JUAN. Traición!

PEL. Ya voy.

Reza, Juan: está en mi mano  
tu vida...

JUAN. Tira, villano.

(El Pelon va á disparar, pero en este momento  
aparece el Ciervo, y apercibiéndose de lo que ocur-  
re, dispara su trabuco sobre el Pelon, que cae he-  
rido.)

ESCENA XII.

Los mismos y el CIERVO.

CIERVO. No será, que yo aquí estoy.

PEL. Jesús!

ANS. Oh! perdon!

(soltando á Juan y arrodillándose.)

CIERVO. También

tú vas á morir...

ANS. Perdon.

JUAN. Ciervo, ténele compasión,  
que somos hombres de bien.  
Amárralo. (lo ejecuta.)

CIERVO. Con dos lazos  
no se nos escapará.  
Listo.

JUAN. Ciervo, ven acá.

CIERVO. Qué quieres?

JUAN. Dame los brazos. (se abrazan.)

CIERVO. Como la cara le vi  
y le conocí asesino,  
en la mitad del camino  
reflexioné, y me volví.  
Declaré?

JUAN. Si, y ojalá

que nada me declarara!

Ojalá no le encontrara!

Ay! Ciervo!...

CIERVO. Vámonos ya.

JUAN. Ciervo, vámonos de aquí:  
este lugar me dá espanto;  
vámonos donde mi llanto  
pueda consolarme, sí.  
Del crimen huyendo voy  
y el crimen do quier me hallo:  
Ciervo, por mas que batallo  
no dejo de ser quien soy.

CIERVO. Anda.

JUAN. Me lo manda el sino  
y no quiero acobardarme.  
Dios no quiere perdonarme:  
cúmplase, pues, mi destino.  
Nada en mi humildad consigo.  
Vamos.

CIERVO. Vamos.

JUAN. Seamos buenos;  
reposaré cuando menos  
en los brazos de un amigo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

El Parricidio.

Jardin de una quinta cerca de Madrid. Pabellon á la iz-  
quierda, con puerta de entrada y ventana al frente. Banco de  
piedra delante del pabellon. Verja al foro.

ESCENA PRIMERA.

María y ENGRUPO.

MAR. Dices tú que esa mujer?...

ENG. Es hermosa como un cielo.

MAR. Su edad  
ENC. Diez y siete años  
tendrá poco mas ó menos  
MAR. Y él la quiere?  
ENC. Con el alma  
MAR. Infame!  
ENC. Con tanto estremo,  
que si no está loco, vamos,  
digo que está poco menos  
MAR. Tú no le habrás dicho?  
ENC. Nada  
Quién se atreve? Si el secreto  
se llegara á descubrir!  
Dios me libre! Mi pellejo...  
MAR. Pero, qué ha sido de Juan?  
dime, Engrudo, en tanto tiempo.  
ENC. La verdad, yo no lo sé  
MAR. Pero, cómo fué tu encuentro?  
ENC. Verá usted. Usted no sabe  
que yo vivo hace ya tiempo  
en Madrid, con Moscardón  
metidos en un enredo...  
porque, francamente, yo  
no teníamos dinero,  
y fué preciso... mas no es  
del caso mi historia; al cuento...  
Nos vinimos á Madrid;  
yo manejando unos penceos  
y traginante en caballos  
así me busco los medios  
de pasar la vida, y darle  
al Cristo del tragadero.  
Usted sabe que los Niños  
de Ecija, allá en sus tiempos,  
fueron buenos liberales,  
y en partida se reunieron  
para perseguir facciosos  
hasta que luego el gobierno  
en Vergara con Maroto  
hizo el consabido arreglo,  
y que en lugar de premiar  
lo que los Niños hicieron  
me los dejaron por estas  
que son cruces. Viendo ellos  
que por aquellos servicios  
no se les daba algun premio,  
y acostumbrados á andar  
hechos unos guerrilleros  
se echaron á los caminos  
donde caballistas fueron  
Ya se vé, cual liberales,  
cuando la patria está en riesgo,  
en salir á defenderla  
siempre somos los primeros  
Hace dias sonaron tiros,  
hubo motin por el pueblo.  
La Milicia nacional  
estaba firme en su puesto,  
y despues de algunos choques  
habidos con el ejército,  
yo salia del principal  
que soy miliciano y neto,  
y ví á un hombre... Vaya en gracia!  
vestido de caballero,  
cava cara era la cara  
de Juan Palomo. Me acerco,  
le conozco, y me conoce.  
nos abrazamos corriendo.  
le conté mis aventuras.

y él, echándola de bueno,  
me dijo:—Estoy en Madrid  
Engrudo, hace ya algun tiempo.  
He venido á unos negocios  
acompañado del Ciervo,  
que nos han salido mal  
y hasta estamos sin dinero.  
Me dijo:—Y que no me pesa,  
que lo adquirido á mal precio,  
nunca puede enriquecer  
á los que mal lo adquirieron.  
Yo le dije, y él me dijo,  
y en fin, hablamos de aquello  
que nos vino á la memoria,  
me ofreció su casa; a verba  
he ido en varias ocasiones  
en ella observar pudiendo  
esa jóven con quien Juan  
gasta tanto miramiento.  
Con usted hablé despues,  
me recomendó el silencio  
me dijo que le ayudase,  
me lo pagó, y tan completo.  
Esto es todo lo que sé  
y san se acabó y laus deo.

MAR. Me has ofrecido servirme  
y que lo cumplas espero.  
ENC. Pero, por qué usted á Juan  
no se descubre?

MAR. No puedo.  
ENC. Ya! Usted al fin es ya señora...  
Pero él... Si dá risa verlo;  
no parece el Juan Palomo  
de nuestros antiguos tiempos.  
Ni nadie sabe quien fué:  
todos le dicen, don Diego,  
y aunque viste á la andaluza,  
se presenta con el Ciervo  
en las calles, en las plazas,  
á caballo en los pascos,  
llevándose la atencion  
y las miradas del pueblo.  
En fin, usted manda algo?  
MAR. Que sigas, yo te lo ordeno,  
observando sus acciones,  
hasta el menor movimiento.  
Tu servicio pagaré,  
te daré tanto dinero,  
que has de quedar, no lo dudes  
de mi bondad satisfecho...  
Pero di; Juan no te habla  
de su mujer?

ENC. Qué! Ni esto.  
Yo una vez le pregunté,  
pero se puso tan feo,  
que, francamente, le tuve  
no me dá vergüenza, miedo

MAR. Ni de su hija?

ENC. Tampoco.

MAR. Bien está.

ENC. Mucho me temo,  
según yo he visto las cosas,  
que esta noche habrá jaleo.  
Y voy á estar al cuidado  
no sea que un pronunciamiento...  
El asunto está bien malo  
y está ya cargado el pueblo;  
se dice que alla en la Granja  
reunidos unos Sargentos.

han hecho que nuestra Reina gobernadora, al Gobierno que manda, dé pasaporte, firmando para el arreglo la constitucion del doce; y si hay gresca, yo el primero, que como buen liberal no he de faltar de mi puesto. Conque, salud.

MAR. Anda, anda; mira, que se pasa el tiempo.

ENG. Voy á encender un cigarro para el camino... (*Hace que lo busca.*) No tengo. Al primero que me encuentre se lo pido sin rodeos. (*vase.*)

## ESCENA II.

MARÍA, *sola.*

Juan enamorado, y yo ausente de Juan viviendo. Oh! No puede ser; me engaña este hombre... yo no creo... Estando solo en el mundo, qué extraño?... Mas tengo celos, porque yo amo á Juan, y es tanto el cariño que le tengo, que antes de verlo con otra de su vida haré un infierno. Diez años largos sin él mis desventuras sufriendo, y cuando llega la hora que en mi camino lo encuentro, obstáculos invencibles me imponen guardar silencio. Ni aun le puedo descubrir... Tengo que vivir muriendo por el amor entrañable que á mi pobre hijo le tengo. Mas, cómo evitar su amor! Oh! Constancia y ya veremos... Lo que una mujer no alcanza... Mucho se tarda mi Diego; (*oscurece.*) ha pasado ya la hora en que vuelve del paseo, y no llega... Si un pereance le hubiese ocurrido... Siento una agitacion... La noche ya su manto vá tendiendo. Pero llegan... será él? Oh! Qué fastidio! Don Pedro!

## ESCENA III.

MARÍA y D. PEDRO.

PED. Señora...

MAR. Usted otra vez?

PED. Se extraña?

MAR. Mucho.

PED. No creo...

MAR. Despues de la última vez que hablamos, era mas cuerdo que á insistir en su propósito usted ya no hubiese vuelto. Su visita en esta casa, sin el menor miramiento, me es perjudicial. El vulgo repara en todo, y no quiero que se me tilden en Madrid

cuando no hay un fundamento. Además, ya se lo he dicho: puede ocurrir un encuentro... y si usted se compromete yo tambien me comprometo.

PED. María, usted no comprende con el amor que la quiero. Usted no sabe que es tanta la pasion que arde en mi pecho, que diera por aplacarla, cuanto valgo, cuanto tengo.

MAR. Repito á usted que se vaya, que escuchar su amor no puedo.

PED. Mas que mujer, es usted un aborto del infierno para mí. Vive usted sola en el mundo, qué mas puedo que brindarme á ser su esclavo?

MAR. Es escusado, el deseo que le inspiro, hasta me ofende. Usted es un majadero.

Yo no puedo amar á nadie, se lo he dicho hace ya tiempo, y usted se obstina en su amor que mas que amor, es empeño

PED. Por última vez, María: oígame usted. Yo no espero nada del mundo. Soy rico: por riqueza aquí no vengo. Yo he visto á usted una vez y otra vez, y, loco, ciego, la he perseguido do quiera, en la calle, en el paseo, por todas partes; de entonces yo no vivo, yo no duermo; á donde miran mis ojos, á donde mi vista vuelvo, la imagen de usted, María, veo esculpirse. Yo no debo confesarme así vencido.

Yo en su negativa veo, que usted amará á otro hombre y estoy ardiendo de celos. Qué mas puede á usted brindar otro, que lo que yo le ofrezco?

Yo la amo á usted con el alma soy joven y rico; siéndolo, á mil mujeres que llegue, puedo jactarme de ello, con orgullo me verán si les digo que las quiero. Yo, sin embargo, María, llegar á ninguna puedo. Hay en usted una cosa, un atractivo secreto, que me inspira la pasion porque se abrasa mi pecho. He sufrido sus desaires, sus repetidos desprecios, y ni aun así he resignado mi amor, que amor es, no empeño. Mientras usted mas me despida, María, yomas la quiero. Usted, á pesar de todo, insiste en que soy un terco; ni me quiere recibir, ni admite mi galanteo, sin reconocer que yo á todo me hallo dispuesto

Su obstinada negativa  
mi amor propio resintiendo,  
me arrastra á vencer á usted  
sin reparar en los medios,  
y como estoy convencido  
que vivir así no puedo,  
hoy vengo á decirle á usted  
—Maria, yo estoy frenético.  
Sin su amor de usted, la vida  
me estorba. Su amor desco  
para vivir. Buenamente  
puede consolar mi pecho:  
mas si por su voluntad  
no admite lo que la ofrezco,  
usted me amará á la fuerza,  
y veremos lo que puedo.—

MAR. Debe usted no estar quejoso  
de mí, pues que le tolero.  
Porque mi amor, que no es mío,  
por ser honrada, le niego,  
me amenaza usted de un modo  
que ni aun merece desprecio,  
jactándose de ser joven,  
de tener sobrado mérito  
para pretender mujeres;  
pues bien, voy á hablarle en serio.  
Usted es un miserable,  
mal nacido caballero,  
con capa de hombre de pro,  
bajo la cual hay por cierto  
un corazón corrompido  
lleno de doblez, de cienos;  
burlador de mujercillas,  
impertinente, grosero,  
orgulloso que se atreve  
á amenazarme tan ríco,  
creyendo quizás que yo  
á amenazas me doblego.  
Ya he dicho que le conozco,  
que le conozco, don Pedro,  
y porque sé que usted es  
lo que he dicho sin rodeos,  
de su amenaza ruin  
me burlo. Váyase luego  
de mi casa, y pues lo quiere,  
voy á dar orden corriendo,  
por si usted no sale pronto  
que le arrojen como á un perro.

D. PED. Me insulta usted.

MAR. No; le trato  
como se merece.

D. PED. Bueno.  
Guerra á muerte.

MAR. Guerra, sí.

PED. Hablaremos.

MAR. No hablaremos.

(Le vuelve la espalda y se vá por la puerta del  
pabellon.)

#### ESCENA IV.

DON PEDRO, solo.

Me vuelve la espalda? Bien!  
Sabe quien soy! Mi secreto  
conoce!... No puede ser...  
Dice que yo... No; mintiendo  
ha estado. Su amor me niega!...  
Qué me importa? Sobran medios

al que en mí yo nada temo,  
de conseguir un objeto.  
Ya sea de grado, ó por fuerza,  
esto no tiene remedio;  
esta mujer será mía...  
Oh! se abrasa mi cerebro!  
Despreciado yo! En mi orgullo!  
Descubierto mi secreto  
quizás... Esto no es posible.  
Esta situacion tratemos,  
porque mucho me conviene,  
que no dure mucho tiempo.  
Pero, qué partido sigo?  
Adivinarlo no puedo.  
Esta mujer ama á otro  
sin duda... Aquí hay un misterio  
que no alcanzo... Oh! sí; preciso  
es descubrirlo. Si puedo,  
sobornaré á los criados  
y ellos me dirán... Si ellos  
lo que pasa en esta casa  
deben sin duda saberlo  
Me ocultaré... Si se enteran...  
Qué importa? Qué importa el riesgo?  
Resentido mi amor propio  
á todo me hallo dispuesto.  
(se oculta por la izquierda.)

#### ESCENA V.

MARIA, sola.

Se fué: evitar es preciso  
que vuelva otra vez aquí:  
eso es lo mejor: así  
salimos del compromiso.  
Qué obstinacion! Ese hombre  
no puede amarme; mentira:  
ese amor en que se inspira  
es por la ambicion de un nombre.  
Que tienes riquezas sé,  
pero adquiridas al precio  
de un crimen... Oh! Mi desprecio  
bien claro le demostré.  
Y sin embargo... un temor  
ha acongojado mi pecho  
al tratarlo con despecho...  
Quizás ha sido peor...  
Quizás una mala accion  
me comprometa... Es forzoso  
ya descubrirme á mi esposo  
y así evito una traicion.  
Estoy... Me siento agitada!...  
Tarda mi hijo... Qué será?  
Dicen que Madrid está  
revuelto... Cuán asustada  
me tiene!... Pero si salgo  
y no le encuentro, es peor.  
Aguardar será mejor.  
Si le habrá pasado algo!  
(Engruda llega bastante agitado.)

#### ESCENA VI.

MARIA y ENGRUDA.

ENG. Señorita!

MAR. Aquí otra vez?

Qué pasa? Estas alterado!

ENG. Ay! qué desgracia!

Mar. Dios mío!

¿Qué sucede? Pronto, vamos.

Juan Palomo?...

Exc. ¿Qué? No es eso.

Mar. Entonces, ¿quién?

Exc. El diablo.

que se empeña en apurar  
la sangre...

Mar. Pero, señanos...

Exc. Pues no es nada! (Y que yo sea  
el portador!) Es...

Mar. Temblando  
estoy. Dilo de una vez.

Exc. Deje usted que eche un cigarro...  
(se registra los bolsillos.)

Nada; como siempre. Estoy  
reñido con los lanceros.

Mar. Pero ¿qué es lo que sucede?

Exc. Allá va. Salí hace rato  
de aquí; cerca de Madrid  
me encontré a unos milicianos,  
que si no venían huyendo,  
se le parecía algo.  
—A dónde vas? A la villa.  
—Vuélvete atrás. —No en mis años,  
que tengo mucho que hacer.  
Pero por qué? Pasa algo?

—(Qué está Madrid hecho un fuego.)

—Cobardes! —les dije: Y vamos

a quitarnos del peligro

faltando al deber sagrado

de defender a la patria

cuando necesita amparo?—

Y no pude decir más;

salí corriendo hecho un rayo

llego a Madrid: Qué babel!

Qué confusión! Qué leñazos!

Viva la Constitución!

Abajo el gobierno, abajo.—

Y al grito del que caía,

y al rugido de un sablazo,

corro calles y mas calles

hasta llegar a mi barrio.

La plaza de la Cebada

era de Agramante un campo.

Allí un herido, aquí un muerto,

este de un ballonetazo,

aquel de un tiro, qué! aquello

era peor que el dos de Mayo.

Me abro sitio entre los mios,

a la fuerza me abro paso,

arrolo a unos militares

y me agrupo a los paisanos;

pero qué! si era imposible

entenderse... —A ellos! Vamos!—

Oigo una voz que me grita,

vuelvo la cara y me hallo

con Moscardon y con otro

cuyo nombre no es del caso.

Los tres solos en seguida

armamos un zafarrancho,

y a este quiero, a este no quiero,

por nosotros quedó el campo.

Huyen por aquí los unos,

van por allí los soldados,

un coche atraviesa acá,

por allá veinte caballos,

y entre bulla y confusión

un carruaje se abre paso.

le ataca la muchedumbre,

y creyéndolo adversario,

uno... el que estaba conmigo

le sacude un trabucazo.

—No tireis, dice una voz

de mujer. No tireis, bárbaros—

y no se tiró ya más.

Mar. Pero, bien?... (con ansiedad)

Exc. Es que me cansa

Por vida del estanco,

que me tiene sin tabaco!

Mar. Pero ese coche...

Exc. (balbuceando.) Señora

en ese coche un muchacho...

Mar. Oh? Comprendo! Era mi hijo.

Exc. Sí.

Mar. Pero le han hecho daño?

Exc. Casi nada, un arañón.

Mar. Oh! Y estamos tan despacio?

Pero, tú?...

Exc. Yo vine aquí...

Mar. Le dejaste abandonado!

Oh! Quiero verlo al momento

Vamos; vamos pues; corramos

Exc. No; si es que vine... Verá

usted porque vine...

Mar. Vamos;

acaba ya de una vez,

que la ansiedad me está ahogando!

Exc. A la voz de la mujer

del coche, nos asombramos,

y el jefe de nuestra fuerza,

es decir, de los paisanos,

que justamente había sido

el que soltó el trabucazo,

en cuanto que se enteró

pegó un grito y dijo.—Alto!

—A socorrer a esta gente

lo primero.—Y con el garbo

que sabe un mozo valiente,

se fué al coche.—(Qué ha pasado!

preguntó.—Que un niño ha sido

herido.—Casi llorando

le contestó la mujer.

Del carruaje en el acto

se sacó el niño. Qué mozo!

Vaya un valiente muchacho!

Sin chistar siquiera...

Mar. Oh!

Acaba ya.

Exc. Vamos, vamos,

que la relación es larga

y no me deja el cansancio.

(De este momento ha aparecido D. Pedro 1.º,

donde se ocultó y escucha lo que hablan.)

—Quién es usted?—dijo el jefe.

—Soy el Marqués de... —No caigo

ahora... —Su casa de usted?

—Cerca de Madrid, a un palmo

de tierra; allá en una quinta...

—Por supuesto, aunque soy ganso,

yo me trague la partida,

y dije.—Ya está el marrajo

en la plaza.—Pues al coche.—

dijo el jefe: tú, muchacho,

—me dijo a mí, llama un médico;

luego tomas un caballo,

y adelantate a la quinta

a decir lo que ha pasado.

Como se hacen estas cosas;  
sin dar de pronto el sustazo,  
que nosotros tras de ti,  
aunque mas despacio, vamos.

MAR. Vienen?

ENG. No lo oye usted?

(Don Pedro atraviesa la escena diciendo.)

D. PED. (Yo mismo al encuentro salgo.  
Me servirá de pretexto  
para estar aquí...) (cáse.)

MAR. Sí; vamos

á salirles al encuentro...

ENG. No es menester. Si es el caso...

que... (Vamos, no se lo digo...)

MAR. Pero, hay mas? Dinelo claro,  
no soy mujer que se asusta  
porque le pase algo malo.

ENG. (Ya lo creo!)

MAR. Acaba ya.

ENG. No, si no hay mas... Es que... (Vamos  
que no se lo digo...) Es...  
que en el coche viene el guapo  
que al coche de usted tiro...

MAR. El que hirió á mi hijo?

ENG. Es claro.

MAR. Pero, su intencion...

ENG. Silencio.

Ya estan aquí...

MAR. Hijo amado!

Deja que corra, hijó mio!

á estrecharlo entre mis brazos.

(Cuando Maria vá á salir, llegan por el foro izquierda un  
Médico que viene hablando con Don Pedro, un cochero y un  
lacayo, que con Casilda, conducen á Diego, niño como de  
diez años.)

## ESCENA VII.

MARIA, ENGRUDO, DON PEDRO, un MÉDICO, CASILDA,  
DIEGO, un cochero y un lacayo.

MAR. Hijo de mi corazon!

MÉD. Señora, por Dios.

MAR. (reparando en D. Pedro.) Qué es esto?

Usted aquí?

CAS. Ay! señora.

qué desgracia!

D. PED. (á Maria) (Yo aprovecho  
la ocasion...)

MAR. Hijo del alma,

habla...

CAS. No puede...

MÉD. Silencio.

No conviene incomodarle.

Vamos, colocadle dentro.

D. PED. Yo ayudaré...

MAR. No es preciso.

D. PED. Ayudaré.

MAR. (Oh! Qué tormento!

Este hombre quiere perderme!)

D. PED. (Yo me vengaré.) Yo ereo

que esto no es nada, doctor.

MÉD. Poca cosa. El susto...

D. PED. (á Maria.) (Luego

hablaremos. He pensado

que otra vez hablar debemos.)

MÉD. Llevadle pues, colocadle

comódamente en el lecho.

Dejadme solo con él.

Conviene por el momento...

MAR. Pero, yo...

MÉD. No; lo que es ahora  
no conviene. Vamos dentro.

(Los que tratan á Diego se han marchado cuando el Médico le ha dicho. Luego lo ejecuta este  
y D. Pedro, que al entrar lanza sobre Maria una  
mirada de triunfo.)

## ESCENA VIII.

MARIA y ENGRUDO.

ENG. (Pues, señor, esto promete;  
el asunto es algo sério.)

MAR. Oh! Cuán desgraciada soy!

ENG. Por qué?

MAR. No lo ves? Mi Diego...

Pero, el hombre que le hirió

no digiste...? Quiero verlo;

quiero comprender que no hubo

intencion...

(Juan Palomo y el Ciervo han ido apareciendo por  
el foro derecha.)

## ESCENA IX.

Los mismos, JUAN PALOMO y el CIERVO.

JUAN. Lo está usted viendo.

(Maria, á la voz de Juan Palomo, vuelve la cara, y  
reparando en él, lo reconoce.)

MAR. Juan! (lanzando un grito.)

JUAN. Maria! (reconociéndola.)

ENG. (Se hundió el mundo!)

MAR. Tú?... Usted...?

(Dice estas palabras balbuceando y sin poder dominar la  
sorpresa; vá retrocediendo hasta caer desmayada en el banco  
de piedra. Engrudo acude á socorrerla.)

JUAN. Dios mio! Qué es esto!

Su transformacion indica...

ENG. (Vamos, ya pareció aquello!)

CIERVO. Tu sabias?... Vamos, habla.

ENG. Hombre! Yo saber? Ni esto.

## ESCENA X.

Los mismos, el MÉDICO y D. PEDRO.

MÉD. Ya está en la cama. Por ahora  
su vida no corre riesgo.

Pero, qué es lo que aquí pasa?

(reparando en Maria.)

CIERVO. Ya vé usted.

MÉD. Será un mareo.

La sorpresa...

(Acude al lado de Maria y le pulsa.)

D. PED. El mundo entero

contra mí se ha revelado.

Oh! Qué fatal contratiempo!

JUAN. Este hombre no ha venido  
con nosotros... (á! Ciervo, por D. Pedro.)

CIERVO. No.

JUAN. Oye, Ciervo;

tú no sospechas?

CIERVO. Ay Juan!

que yo todo lo sospecho.

Vámonos de aquí.

JUAN. Imposible!

MÉD. Está grave.

JUAN. Dios del cielo!

Diez años buscándola,

y en qué estado me la encuentro!

D. PED. Oh! No importa. Este accidente puede hacer... Aquí me quedo.

MED. A sacarla de este sitio.

Llame usted. (*á Engrudo.*)

ENG. (*Vámonos, ya entiendo: me toma por de la casa.*) (*vase.*)

CIERVO. Vámonos, Juan.

JUAN. Vámonos, Ciervo.

CIERVO. Te está matando la pena.

JUAN. Quiero salir y no puedo.

Oh! la eneuentro tan hermosa.

que estoy rabiando de celos.

CIERVO. Andá, que ya habrá lugar de aclarar este misterio.

D. PED. No se van. (*por Juan y el Ciervo.*)

JUAN. Vámonos, sí,

vámonos. Estoy resuelto.

Grande es mi maldad, Dios mío,

pero bien se venga el cielo,

que es terrible la expiación

y ya con tanto no puedo.

Yo habré matado á su hijo...

A su hijo! Vámonos, Ciervo;

vámonos, y de Madrid

mañana mismo...

CIERVO. Eso, eso.

JUAN. La desgracia me persigue

no doy un paso certero.

Sangre mis manos entintan

á cada paso que muevo.

Es que estoy de Dios maldito.

Pues bien, busquemos remedio.

Es irrevocable el fallo.

Si, si, de Madrid saldremos

En el retiro, quizás

mi pena hallará consuelo.

(*Váase por el foro derecha; Engrudo que ha salido con los criados, repara en ellos.*)

ENG. (Qué, se van? Y yo? También.

No, no, lo que es yo me quedo.)

(*Los criados cojen á Maria, como para conducirla.*)

MED. Llevadla.

D. PED. (*Que ha estado observando todos los movimientos de los circunstantes.*)

(Aquí pasa algo.

Esos hombres... No hay remedio

Yo me vengaré de ella

y sabré quiénes son ellos.)

## FIN DEL ACTO II

## ACTO III.

### Amor y crímenes.

(La misma decoración del acto anterior. Va oscureciendo)

### ESCENA PRIMERA.

Maria y Engrudo.

ENG. Y cómo está el niño?

MAR. Sigue

algo mejor.

ENG. Pues me alegro.

MAR. Y Juan?

ENG. Dispuesto á marcharse

mañana volvé.

MAR. No entiendo

por qué es su resolución:

pues despues de nuestro encuentro,

parece mas natural

que tratára, esto es lo cierto,

de averiguar por qué yo

en este estado me encuentro.

ENG. El no está muy decidido;

quien le aconseja es el Ciervo

Ya se vé! Hasta cierto punto

tiene razon...

MAR. No comprendo...

ENG. Señora, válgame Dios,

si su vida es un infierno.

Y cuidado que está Juan

desconocido de bueno.

MAR. Tu le entregaste mi carta?

ENG. En propia mano

MAR. Eso, eso.

Cómo fué?

ENG. Estaba en su casa

hablando con él muy sério.

y en un momento oportuno

me fui fuera: luego vuelvo

suponiendo que acababa

de llegar un mensajero

con aquel papel...

MAR. Y Juan?

ENG. Lo tomó, lo abrió corriendo.

fijó sus ojos en él:

luego se puso colérico;

despues se fué serenando,

y me dijo:—Llama al Ciervo.—

Lo llamé, vino y le dió

la carta de usted. Leyendo

estuvo, y luego exclamó:

Y bien: qué dices á esto?

Y el Ciervo le contestó:

Juan, si me pides consejo,

pues que tienes corazon

y eres un hombre resuelto,

debes ir, hablar con ella,

ver su disculpa; si es cierto

que es inocente, ampararla,

si no, perdonarla, y luego

separarte de su lado

para siempre...

MAR. Y él?

ENG. Un momento

estuvo, reflexionando;

luego se puso risueño

y dijo:—Tienes razon;

voy á tomar tu consejo.

iré esta noche...

MAR. Dios mío,

cuánta es mi ansiedad por verlo,

por hablarle, por decirle

cuánta es la pena que tengo.

lo desgraciada que soy...

Y sus negocios?...

ENG. Muy feos.

MAR. Pero cómo ha sido, di,

el perder tanto dinero?

ENG. Yo no sé bien esa historia.

porque Juan todo es secreto:

pero ayer un largo rato

estuve hablándole al Ciervo,

y me contó alguna cosa...

MAR. Y qué te dijo? Habla presto



Exc. Dice, que Juan en Sevilla se dedicaba al comercio de tabacos, en contratas que tenia con el gobierno. Que tuvo ciertos percamceos, yo no se cuantos enredos, y vino á Madrid, y entonces aqui consiguió un arreglo á fuerza de relaciones, salvando así su dinero. Asi las cosas, dispuso no seguir en el comercio, viendo que en todo perdía, y acordaron Juan y el Ciervo el vender cuanto tenían y á interés el caudalejo, en poder de Tragabueches, que era hombre de pró, pusieron. Tragabueches, acordándose de lo que fué, anduvo diestro, y entabló una compañía con un pícaro ratero, de esos que gastan levita, y dicen que en poco tiempo se las tocó de Madrid, dejando por heredero en vida á ese señorito, que cargó con todo; luego se hicieron muchas pesquias, cuando mas tarde supieron que Tragabueches ¡infame! asesinado habia muerto.

MAR. Y el otro?

Exc. Toma! Un mosquito como era el tal... Se hizo el sueco, y dijo:—Copo.—Y salió la cargada, y Juan y el Ciervo se quedaron arruinados.

MAR. Y ¿cómo es que ellos pudieron dejar impune al ladrón de su caudal?

Exc. Como que ellos desde que se retiraron de la vida, son tan buenos, dicen:—Que se cumpla el sino.—Que al fin, como todo aquello estaba mal adquirido, es justo, si lo perdieron.

MAR. Pero, ¿conocen sin duda al consebido sujeto?

Exc. Es claro.

MAR. Y sabes quién es?

Exc. Dicen que es un tal Don Pedro, que antes se llamó Perico: un tunante de los buenos.

MAR. Oh! Infame!

Exc. Usted le conoce?

MAR. Quisiera no conocerlo.

Exc. Pues, como yo dé con él, yo que escrúpulos no tengo, juro que ha de vomitar...

MAR. No importa, dejemos eso.

Si Juan es pobre, mejor: yo tengo mucho dinero, tanto, que puedo hacer ricos, á Juan, á ti, y hasta el Ciervo. Y la joven?

Exc. Ahí está.

La pobre pasa sufriendo

la vida; como vé á Juan tan triste... No, y lo que es eso... Ella debe amarle mucho, segun que se vá poniendo amarillenta, y tan flaca, que ya parece un fideo,

MAR. Pero el...

Exc. No quiero engañarme: desde que tuvo el encuentro con usted, no anda con ella al corriente.

MAR. Yo me temo que ese amor eche por tierra todos mis planes.

Exc. Pues eso en usted consiste. Ea, yo me voy ya, que no quiero que venga Juan, y me encuentre por aqui.

MAR. Tambien voy dentro.

Exc. Que se alivie el señorito.

MAR. Gracias. A Dios.

Exc. Hasta luego.

*(Vanse Engrudo por el fondo derecha, Maria por el pabellon. Despues aparece Don Pedro por el fondo izquierda, y avanza, despues de cerciorarse de que no hay nadie.)*

## ESCENA II.

D. PEDRO, solo.

No hay nadie. Ayúdame, suerte, que es ya mi dicha presunta.

Este silencio, burrunta el silencio de la muerte.

Ama á un hombre, y tiene aqui una cita con el hombre...

Oh! le juro, por mi nombre,

que habrá de pesarle, si.

Todo, todo lo escuché.

Hace dos días espío sus pasos. No me desvío

de ella. Se lo juré,

y lo he cumplido. Su amor

me niega, cuando la adoro,

y con él pierdo su oro,

su posicion, su favor.

Está decidido ya.

Si el hombre á quien ella ama

se entera que yo... Se llama

Juan Palomo... ¿Quién será?

No sé por qué el corazon

tiembla al escuchar su nombre...

Oh! Yo conozco á ese hombre

por fuerza... Si; aquel ladrón

á quien quité su caudal,

cuando yo le asesinaba,

á Juan Palomo nombraba...

Mas, ¿qué me importa? Es igual.

Tengo las cosas de modo

que cuando juego este lance,

no hay que temer á un percamceo

sino atropellar por todo.

¿Estará mi gente? A ver.

*(Sacu un pito y silva suavemente.)*

## ESCENA III.

*El mismo, y El JABALI.*

JAB. ¿Qué se ofrece?

PED. A preparar.

Con sigilo a vigilar . . .

JUAN. Bien . . .

PERO. No hay tiempo que perder. *(vase el Jabal.)*

Se cumplirán mis desvelos.  
Si, saldré de esta agonía. . .  
Oh! Yo te haré ver, María,  
a lo que arrastran mis celos.  
Ocultémonos. La hora  
es de la cita. . . Escuchemos,  
y con prudencia esperemos,  
que pues la suerte traidora  
así lo quiere, será;  
ella sucumba á mi amor,  
y él, como un vil saltador  
a mi manos morirá.

*(Vuelve á ocultarse por donde mismo apareció. Hasta que vuelve a figurar en escena, no dejara de aparecer de vez en cuando por el mismo sitio, observando y retirándose. Aparece por el fondo derecha Juan Palomo y el Ciervo.)*

#### ESCENA IV.

JUAN PALOMO y EL CIERVO.

CIERVO. Pues lo que es aquí no veo . . .

JUAN. A mí me pareció ver . . .

CIERVO. Eso es que te hace perder  
la cabeza, tu deseo.

JUAN. Tú crees?

CIERVO. Que amas á María,

de su conducta á pesar,

que la quisieras hallar

tan pura como es el día.

Y en ello nada hay extraño . . .

JUAN. Mas la otra . . .

CIERVO. Amor que nacia,

sino se cura en un día,

se cura al cabo en un año.

JUAN. Pobre niña!

CIERVO. Y es verdad

que ella te quiere dexar . . .

JUAN. Ciervo, la pasión primera,

no se refrena á su edad.

Yo por su pasión vivía,

ya en mi mujer no pensaba,

yo cuando en su amor soñaba

vengo á encontrar á María.

Y lo que mi pecho siente

es, que me impone el deber

respetar á mi mujer

sea criminal ó inocente

Vivir de ella separado,

ó vivir tengo con ella,

de todos modos, mi estrella

ó Magdalena ha llegado.

Que dó quier pongo mi amor,

dó quiera pongo mi mano,

vá el infortunio tirano,

el estermínio, el horror.

CIERVO. Pues no hay que pensar en eso

a cumplir con el destino.

Si así piensas, imagino . . .

JUAN. Que estoy loco, lo confieso.

CIERVO. Ea, deja esa tontería:

a pensar en lo que hacemos,

para que tíjos marchemos.

Hoy vas a hablar a María:

que te faltó, con ella

no puedes vivir.

si no, forzoso es partir  
muy lejos . . .

JUAN. . . . Tal es mi estrella.

CIERVO. Y, qué se ha de hacer? La suerte  
lo ha dispuesto, y es forzoso  
que busquemos el reposo  
hasta que venga la muerte.  
Conque lo que es yo, ya sabes  
afuera luego me voy,  
y por el camino estoy  
esperando hasta que acabes.  
Hasta luego.

JUAN. . . . Ciervo, á Dios.

CIERVO. El haga que tengas calma.

JUAN. Quién sabe, Ciervo del alma.

qué será al fin de los dos.

*(trase el Ciervo, foro derecha.)*

#### ESCENA V.

JUAN PALOMO solo

Oh! cuál brilla la luna!

Así también brillaba

allá en Sierra Morena

donde perdí mi calma.

Entonces era niño,

á vivir empezaba,

sin conocer del mundo

la lucha temeraria.

Yo andaba por la sierra:

cuál tigre devoraba

la presa que á mis manos

echaba la desgracia.

En las iras del cielo

no pensé, que á pensarlas,

no fuera lo que he sido

y ni mis penas tantas.

Entonces de una madre

el amor me alhagaba,

y los remordimientos

á mí no me inquietaban.

Qué feliz me sentía,

y hoy, cuánta es mi desgracia!

María! . . . Si, María,

también tú acariolabas

al misero bandido

que por la sierra andaba.

Fugaz pasó aquel tiempo,

Quise salvar mi alma,

y desde entonces, penas

tan solo penas halla

el corazón, que el pecho

me destroza y me mata.

Así en la tierra, es claro,

los crímenes se pagan.

Hoy ya no tengo alient

aquel recuerdo embarga

mi cerebro, y la vida

se me hace tan pesada.

Noche de luna, vuelve

al corazón la calma,

la paz que él ha perdido,

la dicha que le falta.

Es tarde, y ya la hora

de la cita se pasa . . .

Si nó viene! . . . Imposible,

es ella quien me llama.

Dice que su inocencia,

Su inocencia!... Dios haga  
que pruebas tenga tales,  
que convenido salga.  
Alguien viene... Si es ella,  
Dios mio, dadme calma,  
que ya tantas fatigas  
no puedo soportarlas.

ESCENA VI.

JUAN PALOMO, MARÍA, DOX PEDRO *oculto*

JUAN. María! (*vá hácia ella y se contiene.*)  
Señora!

MAR. Juan!

PED. (Están juntos! Desle aquí...)

JUAN. (Qué es lo que pasa por mí?)

MAR. Oh! Calma, calma ese afán.

JUAN. Vengo, señora, atendiendo  
á que es forzoso saber,  
qué ha sido de una mujer  
por quien he estado sufriendo.  
Y no á demandarle amor,  
que amor mi pecho no siente,  
ni tiene celos, ni miente  
demostrando ahora furor.  
Que está el corazón helado,  
su vivir es un delirio,  
y tanto, y tanto martirio  
ya lo han desimpresionado.  
Vengo, pues, á concluir  
de una vez con una historia  
que trastorna mi memoria  
Ya la puede usted decir.

MAR. Juan, cuán desgraciada soy:

JUAN. Desgracias! Válgame Dios!

Cuál será mas de los dos?

Vamos, hable usted, ó me voy.

MAR. Desgraciada, sí, que amando  
diez años viví y sufriendo,  
siempre muriendo y llorando.  
A ti, Juan, no se te alcanza  
como sufriendo moría,  
mas lo cierto es, que vivía  
solo en pos de una esperanza  
Ella mi mente embargaba,  
ella mi pecho abatido,  
en mi vivir afligido  
tan solo me consolaba.  
La esperanza de encontrarte,  
de repasar en tus brazos,  
y unidos con fuertes lazos  
ser amada y adorarte.  
Y te hallé, pero de un modo  
que es imposible mi dicha,  
te hallé para mi desdicha,  
pues lo has olvidado todo.  
Has olvidado tu amor,  
aquellos dias de gloria,  
que al recordar mi memoria  
aumentan mas mi dolor.

JUAN. Le repito á usted, María,  
que á hablar de eso no he venido.

MAR. Mas, Juan, eres mi marido.

JUAN. Es verdad, ya lo sabía:

y eso mis quejas abona:  
marido que adora fiel  
y á quien con daño cruel

se le finge y abandona  
Hable usted, señora; vea  
que arde el corazón por dentro.  
Ya que resuelto me encuentro  
á escucharla, pronto sea.

MAR. Mi historia es triste.

JUAN. Tristeza  
también es la vida mía.

MAR. Ay!

JUAN. Acabemos, María,

que se abrasa mi cabeza.

MAR. Oye pues. Una mañana...

oh! que mañana tan pura!

gozando yo la ventura

de una ilusión soberana,

al brillo de puro albor,

á la primer claridad,

presa de alguna ansiedad

yo miraba á mi alrededor.

Un lecho allí se encontraba

que yo contemplaba loca,

aspirando de la boca,

de una niña que allí estaba,

el puro y ligero aliento

que daba vida á mi vida.

JUAN. Esa mañana, perdida  
fué mi vida en un momento.

MAR. Es verdad. Un hombre había,

que abusando de mi esposo,

mas de una vez sin rebozo

confesó que me quería.

Por no darte desazon

desprecie aquel devaneo,

y olvidando su deseo,

Juan, callé por compasión

Que si te digo su anhelo,

tú que me adorabas fiel,

hicieras, seguro, de él

la víctima de tu celo.

Aquel dia apareció

en mi cuarto, llamó, alzó,

que yo te esperaba á tí;

mas como una fiera entró.

Agudo puñal brillaba

en su mano ennegrecida,

amenazando la vida

de la niña que allí estaba

Yo no me atreví á gritar,

oh! tu razon no me ríña:

pude, callando, mi niña

por aquella vez salvar.

Lloré, supliqué; furioso,

mientras mas le suplicaba,

muchas mas me amenazaba

de llevarme colicioso.

Cogió á la niña y salió,

yo le seguí por salvarla,

que no pude abandonarla,

pero no me la entregó.

A poco un hombre imprudente

que también me perseguía,

se apareció; que agonía!

Uno y otro intransigente,

sin atender á mi ruego,

á paraje me llevaron,

donde, ay triste, me encerraron,

pero sola, sola, Diego.

Mi hija desaprecio,

y aquel hombre en su locura,  
mi funesta desventura  
sin reflexionar capso.  
Pero á su amor resistí;  
juré vengarme, y lo hiciera  
si recobrar no quisiera  
a tu hijo que perdí.  
Pasó tiempo, y esperé;  
él se amoldó á su destino,  
y yo abríndole camino  
de nuevo le provoqué.  
En Francia estábamos ya;  
oh! permite que me allíja:  
yo le pedía mi hija,  
mas no me la daba, ah!  
Al separarme de tí,  
en mi desgracia cruel,  
en medio de tanta hiél  
madre otra vez me sentí.  
Y madre fui por mi mal,  
y aquel hombre tan tirano  
ofreciéndome su mano,  
su título, su caudal,  
prohijar al hijo querido,  
mirarme como á una hermana:  
en lucha tan sobrehumana  
mostrándose arrepentido,  
me hizo concebir un plan  
que coordiné, y en seguida  
con una falsa partida  
acepté su mano, Juan.  
Cambié de nombre aquel día,  
el su nombre á mi hijo dió...  
Desde entonces me trató  
con la doblez que sentía.  
Pero era tarde: en mi mano  
su título estaba ya,  
su nombre, y entonces, ah!  
con arrojo sobrehumano,  
una noche, por su mal,  
dándole crudo befeño,  
aprovechando su sueño,  
clavé en su pecho un puñal.

JUAN. Y le mataste!

MAR. Yo; sí.

JUAN. Un crimen mas!

MAR. Uno, y ciento.

Lo hice por tí.

JUAN. Qué tormento!

Cuán desgraciado meí!

Sigue.

MAR. Grite; y el cuitado,  
por su pasado afligido,  
declaró haber sido herido  
por la mano de un criado.  
Su luto, hipócrita, oh!  
guardé; despues vine aquí,  
y todo este tiempo, sí,  
buscándote he estado yo.  
Ahora bien; qué quieres mas?  
Ah! tienes al ser que adoro,  
lévátelo, yo lo imploro,  
y luego muerte me das.

JUAN. Pero las pruebas... Tu nombre

supuesto... Todo está osenro.

MAR. Oh! no, no; yo te lo juro.

Todo lo aclaró aquel hombre  
antes de morir. Aquí

*(presentándole una carta que saca del pecho)*

escrito con sangre esta

Lee, lee...

JUAN. Deja.

MAR. Ya

lo comprendo todo. A tí

no te conviene: otro amor

ya sè, roba mi alegría.

JUAN. María! Por Dios, María,

duélete de mi dolor.

No es eso; es que mi cabeza

se confunde; que no acierto...

MAR. La última razon de un muerto

cundo á arrepentirse empieza...

JUAN. Pero ese niño?

MAR. No argullo

mas, con quien así mintiendo

vieno, pesares fingiendo;

pero, Juan, es hijo tuyo.

Su edad lo demuestra bien,

su partida de bautismo,

su rostro, su rostro mismo

claro lo muestra tambien.

JUAN. Y se llama?

MAR. Algun sosiego

queriendo darme aquel hombre,

me consintió que tu nombre...

JUAN. De modo?

MAR. Se llama Diego.

JUAN. Y ese papel?

MAR. Mira, Juan.

JUAN. Oh! No puede ser!... Me olvido.

MAR. Léelo, yo te lo pido:

eso calmará tu afán.

JUAN. Está bien. Leeré. Dios mío!

el crimen me hizo perder

una vez á mi mujer,

y él me la devuelve impío!

(Leyendo.) «María; yo te perdí;

yo robé al pecho tu calma.

Ciego emponzoñé tu alma

por el amor que sentí.

Puro conservé tu honor

a pesar de mi amor ciego;

de él en recompensa, á Diego

le di mi nombre y mi amor.

Vengando mi desvario,

tú acabastes con mi vida;

venganza tan merecida

harto llora el pecho mío.

A pesar de ella, perdon

te pido en mi desconsuelo,

y á Dios rogaré en el cielo

que te dé su bendicion.

Si alguna vez á tu esposo

vieres, mi perdon reclama;

pura vas, si es que aun te ama,

puedes hacerlo dichoso.

Es aun mayor mi querella

cundo muero, que te allíja,

pero nada sè de ella.

Pase tu honor en mi tris

y pago mi alevosía,

Dios nos perdone, María.

Tuyo:—El Marques de Solis.»

Oh!

MAR. Juan, lo ves?

JUAN. Sí, María.

Júrame por ese niño,

que es verdad, pero entiendo  
que me tienes todavía.  
Que aun pidiendo á Dios perdon  
de todos nuestros deslices,  
podemos vivir felices.

MAR. *(Cayendo en sus brazos.)*

AY, Juan de mi corazon!

JUAN. Oh! Deja que á Diego vea  
con paternal regocijo.

MAR. Abrazalo, si es tu hijo.

JUAN. Voy pues...

MAR. Pero que no lea  
en tu emocion el placer,  
porque una imprudencia mata  
nuestro plan, y desbarata  
de un momento nuestro ser.

JUAN. Es verdad; por conservarle  
mal que me pese, un renombre,  
no puedo darle mi nombre...  
Si, si, es preciso ocultarle...  
Tal es la suerte, Maria,  
te encuentro, y pesar profundo,  
tengo que ocultarle al mundo  
por el pronto, que eres mia.  
Voy pues.

MAR. Vê á besarlo, si:  
mas calma por un momento  
tu paternal sentimiento.  
Anda, yo te espero aqui.  
*(Juan entra por el pabellon; D. Pedro, que ha reposado la ausencia de Juan, atraviesa la escena, y se retira, y vuelve con Jabali y dos bandidos.)*

## ESCENA VII.

MARIA, D. PEDRO, el JABALI y dos bandidos.

MAR. Oh! Me siento tan dichosa,  
que casi á creer no acierto...  
Juan de mi vida! Su amor  
vuelve la quietud al pecho.  
Hijo: ya tienes un padre;  
qué feliz me considero!

D. PED. *(bajando.)* Ahí la teneis. A ella.  
*(Dice esto á media voz. El Jabali y los bandidos sujetan á Maria por la espalda, atándola y luchando con ella, hasta colocarle un pañuelo en la boca, que le impide hablar.)*

MAR. Oh! traicion... Juan!... oh!...

D. PED. *(Muy bajo.)* Silencio.

MAR. Infame!

D. PED. Lo ves, Maria?

Ya eres mia. He estado oyendo  
todo, oculto. Me he vengado  
al cabo de tus desprecios.

Echame ahora de tu casa.

Oh! y me vengo en el momento

que mas feliz te creias.

Llevala. *(A los bandidos que luchan con ella, hasta llevársela.)* Vamos; el tiempo

es precioso. Vamos pronto.

Mientras al marido espero,

rá conmigo, Jabali;

te sujetas, mientras el pecho

te atraviesa mi puñal.

*(El Jabali se coloca junto á la puerta del pabellon, recatándose todo lo posible para no ser visto por Juan Palomo. Al salir este, le deja pasar un poco para cojerle de espaldas y sujetarle los brazos, dando así lugar á que Don Pedro le abra el pecho con un puñal.)*

## ESCENA VIII.

D. PEDRO, el JABALI, JUAN PALOMO. *(Después el CIERVO, mas tarde ENRIQUE)*

D. PED. Ya esta aqui. *(lo hiere.)*

JUAN. Dios mio! Qué es eso?

D. PED. Toma.

JUAN. Jesus! *(Cayendo.)*

D. PED. Ahora, ven

por tu mujer; yo la tengo;

tu mujer y tu caudal.

Si; yo fui el hombre perverso

que tambien te la robó.

Todos somos bandoleros.

tú lo fuistes en cuadrilla,

yo lo soy con menos riesgo.

EL CIERVO. *(apareciendo, y al oír los últimos versos, mirando la situación, apaña con su trabuco á D. Pedro.)* Y yo te voy á molar  
de un trabuezo los huesos.  
Al suelo y preventivo.  
*(Como el Cierro al llegar, se oíó se ha fijado en D. Pedro, ha dado tiempo mientras ha dado los tiros anteriores, á que el Jabali se le haya echado encima por la espalda, cortándole la accion.)*

D. PED. A él.

JABALI. *(Le mete tambien al Cierro, el que luchaba con ellos pugna por desembarazarse.)*

CIERVO. Demé! Inferno!

Que me han cogido la accion!

*(Sigue luchando, hasta que se presenta Eugenio apuntando tambien con su trabuco; pero al ver á D. Pedro y el Jabali, se han al Cierro y huyen precipitadamente.)*

ENC. Aquí estoy yo. Mas, qué veo?

Infames! Se han escapado!

*(Dispara su trabuco con direccion al canon y ha tomado los que huyeron.)*  
Uno cayó.

CIERVO. Por los cielos!

Cojerme así, de improviso!

ENC. Si tú no estas para eso.

Pero qué ha pasado aquí?

Y Juan?

CIERVO. Miralo en el suelo.

ENC. Jesus! *(Yo me vuelvo loco.)*

Mi capitán.

*(Viendo los dos hacia donde se fu Jabali.)*

CIERVO. Está muerto!

ENC. Qué siempre llegue yo tarde!

Juan!... Juan!... *(Que lo ampare*

el cielo.)

*(Al revolver los dos, se oíó el ruido de la cañon.)*

## FIN DEL ACTO TERCERO

## ACTO IV.

### Virtud y deprabacion.

Interior de un meson; ebria una con campana grande á la derecha, alguna leña ardiendo bajo la misma. Puertas al fondo y á la izquierda. Moviario rustico. Aparecen sentados junto al fuego cuatro bandidos. Cerca de ellos, de pie, Quiterio.

## E CENA PRIMERA.

*Quiteria y los cuatro bandidos.*

BAN. 1.º Es cosa particular!

Y eso te dijo D. Pedro?

QUIT. Yo, por qué he de suponer otra cosa?

BAN. 1.º Ya lo creo.

BAN. 2.º Le habrá sucedido algo, y temiendo un desarreglo entre nosotros, lo oculta.

BAN. 1.º Hombre, quizás... mas lo cierto es, que salió el Jabali con él; que á Madrid se fueron, que han estado cinco días; que ha vuelto solo D. Pedro, que no nos han dado nada y que el Jabali no ha vuelto.

BAN. 2.º Pues oye, lo que es por mí, si te digo lo que siento, no sufro que se me engañe.

BAN. 1.º Y tú, qué dices á esto? (*á Quiteria.*)

QUIT. Qué quieres que yo te diga?

BAN. 1.º Toma!

QUIT. Yo en nada me meto. Yo no hago aquí mas que obrar segun me manda D. Pedro, que es quien paga.

BAN. 1.º Cuando paga.

QUIT. Se aguantan los malos tiempos...

BAN. 1.º Es claro, para esperar que luego vengan los buenos. Pues si el Jabali no vuelve, Quiteria, malo vá esto.

QUIT. El parecerá si quiere, deja que venga D. Pedro, que yo le preguntaré.

*(se va á la puerta del foro.)*

BAN. 2.º Malo este negocio veo.

BAN. 1.º Y tan malo. Vaya en gracia!

Aquí pasamos el tiempo esperando, y entre tanto por ahí se gobiernan ellos. Y aquí debe pasar algo, que lo que es yo, no comprendo. Don Pedro volvió hace cuatro días, al siguiente que ellos se marcharon: aquí estuvo, y aunque nada nos dijeron, algun asunto le trajo de interés...

QUIT. Callarse; creo divisar cerca un ginete.

BAN. 1.º Será el Jabali?

BAN. 2.º O Don Pedro?

QUIT. No es ninguno de los dos. Es un mozo muy completo, segun su facha. Se apea del caballo.

BAN. 1.º Compañeros, á hacer que d'rimos.

QUIT. Vamos, que ya llega.

BAN. 1.º Andar.

QUIT. Silencio.

*(Los cuatro bandidos cojen cada uno su escopeta y se retiran á un extremo aparentando dormir.)*

## ESCENA II.

*Los mismos y ENRIQUE.*

ENG. Que Dios te libre de mal, buena moza.

QUIT. Qué se ofrece?

ENG. Dime, niña, no merece un buen pienso ese animal? Que traigo una caminata... Y luego la nieve, y el frío... Vamos á ver, dueño mío, hay ó no?

QUIT. No.

ENG. Andando á gata he estado yo por llegar donde entregarme al sosiego.

QUIT. Pues aquí tan solo hay fuego. Si se quiere calentar...

ENG. Y ni un sitio cobijado donde hacer la rosca?

QUIT. Nada.

ENG. Pues la broma ya es pesada.

QUIT. Es que todo está ocupado.

ENG. Todo?

QUIT. La casa es muy chica, y estan unos arrieros...

ENG. Gente buena...

QUIT. Forasteros...

ENG. Pero, quiénes son? Explica.

QUIT. Curioso es usted.

ENG. Lo soy.

QUIT. Pues yo mal ó bien barrunto, mas no digo ni pregunto dónde van, ni dónde voy.

ENG. Es que yo no vengo aquí á humo de paja...

QUIT. No sé...

ENG. Se puede saber?

ENG. El qué?

A lo que yo vengo?

QUIT. Si.

ENG. Pues ya se vé. Yo soy franco, si encuentro una buena moza.

QUIT. Gracias.

ENG. Yo vengo á una cosa. No soy pobre ni soy manco. Ni soy tampoco un Neron, sino un mozo...

QUIT. Que si quieres?

ENG. Para las buenas mujeres tengo tierno el corazon.

QUIT. Empiece usted.

ENG. Sin mareo: yo busco á unos foragidos que andan por aquí...

QUIT. Bandidos? Aquí, no.

ENG. Pues ya lo creo.

QUIT. Usted es de la Policia?

ENG. Lo que es yo... Soy... Te diré... Que desde que te miré, te estoy queriendo, alma mia.

QUIT. Es usted andaluz?

ENG. Razon te sobra.

QUIT. De dónde?

ENG. Calle!

Donde á la Virgen del Valle

se le da veneracion.  
 BAN. 1.º (Qué dice? Oigamos.)  
 ENG. Mi vida,  
 conque, entramos en belenes?  
 QUI. Esplique usted...  
 ENG. Tu te avienes  
 con esto? (*sacando un bolsillo lleno de onzas de oro y dándole una.*)  
 QUI. Buena comida!  
 ENG. Hay pienso?  
 QUI. Pues no ha de haber!  
 ENG. Pues voy á entrar el caballo.  
 QUI. Hable usted bajo.  
 ENG. Ya callo...  
 (*Es una buena mujer!*) (*se va foro.*)  
 BAN. 1.º Qué es eso?  
 QUI. No lo has oído?  
 BAN. 1.º Qué querrá?  
 QUI. Ya lo veremos.  
 BAN. 1.º Trae plata?  
 QUI. Sí.  
 BAN. 1.º Observaremos.  
 QUI. Que vuelve.  
 BAN. 1.º Ya estoy dormido.  
 ENG. (*que entra.*) Conque; me puedo sentar,  
 mi reina?  
 QUI. Digo!  
 ENG. Al avio. (*se sienta.*)  
 Dígame usté, dueño mio,  
 si aquí podemos hablar.  
 QUI. Quién se opone?  
 ENG. No lo entiendo.  
 Esa gente... puede oír...  
 QUI. Qué! No hacen mas que dormir.  
 ENG. Dormir, eh? (*Ya voy cayendo.*)  
 Bueno; lo mismo me dá.  
 A tí te gusta el dinero?  
 QUI. Y á quién no? Es un caballero  
 que gusta á todos.  
 ENG. Pues ya,  
 Toma. (*Le dá otra onza.*)  
 QUI. Para mí?  
 ENG. Respeto  
 te causa?  
 QUI. Sí.  
 ENG. Es poca cosa.  
 Vamos, serás tú una morsa  
 para guardar un secreto?  
 QUI. Veamos.  
 ENG. Empezaré  
 por decirte... Es cosa cierta:  
 que al entrar por esa puerta  
 de tus ojos me prendé.  
 Que yo no soy ningun tonto;  
 que tengo plata y... A ver,  
 dime tú tu parecer...  
 QUI. Así de pronto?  
 ENG. De pronto.  
 QUI. Usted quiere...?  
 ENG. Sí.  
 QUI. Lo creo,  
 solo porque lo asegura.  
 ENG. Lo que te dice este cura,  
 es la verdad, no es mareo.  
 QUI. De modo...  
 ENG. Vaya otra cruz. (*le dá otra onza.*)  
 QUI. Tiene usté unas cosas...  
 ENG. Hecho!  
 Yo me voy por lo derecho.

QUI. Por el Cristo de la luz!  
 Su nombre de usted?  
 ENG. Evita  
 esa pregunta...  
 QUI. Es el quid.  
 ENG. Me conocen en Madrid  
 ha tiempo por Luis Chapita.  
 Pero, hija, yo no me escudo  
 contigo; pues soy muy hombre...  
 QUI. Bien...  
 ENG. Mi verdadero nombre  
 es...  
 QUI. Dígalo usted.  
 ENG. Engrudo.  
 (*Desde que pronuncia esta palabra, empieza á observar á los bandidos, que creyendo no ser vistos, se ponen en movimiento.*)  
 Conqué?...  
 QUI. Si usté es mozo...  
 ENG. Un tacho  
 en lo bueno y el querer...  
 QUI. Pues hecho.  
 ENG. Vamos á ver!  
 En esta casa hay tabaco?  
 QUI. No tiene usted?  
 ENG. No; mi flanco  
 es mi memoria... Se olvida...  
 He estado toda mi vida  
 reñido con el estanco.  
 QUI. Pues aquí...  
 ENG. (*con intencion.*) Puede que alguno  
 de esos hombres... Eh! (*llamando.*)  
 QUI. Sin voces.  
 ENG. Qué! Tú á ninguno conoces?  
 QUI. A ninguno.  
 ENG. Ya! A ninguno.  
 Arrieros! Las mujeres  
 no conocen los bribones...  
 Pues yo sé que son ladrones...  
 (*Todos los versos anteriores los ha ido marcando con intencion, y los últimos levantando la voz, y poniéndose de cara á los bandidos. Estos se levantan de golpe y se echan á la cara las escopetas, apuntando á Engrudo, que se levanta y lo hace á la vez con el trabuco.*)  
 BAN. 1.º Date preso.  
 ENG. Que si quieres!  
 QUI. Ay, Jesus!  
 BAN. 1.º Abajo.  
 ENG. Chillas,  
 porque no sabes quién soy.  
 Pues á decirte lo voy.  
 Todo el mundo de rodillas.  
 No? Pues me gustan sus modos!  
 Les voy á hacer un cariño!...  
 Soy Engrudo; soy un Niño  
 de Ecija; abajo todos.  
 (*Los cuatro bandidos se arrodillan aterrados.*)  
 BAN. 1.º Pero...  
 ENG. Silencio.  
 BAN. 2.º Es que yo...  
 BAN. 1.º Es que nosotros...  
 ENG. Callarse,  
 y luego podreis quejarse.  
 Hay quien quiera algo? (*apuntando.*)  
 BAN. 1.º Yo... no.  
 ENG. Todos aquí. (*Los bandidos se acercan con temor.*)  
 Fuera esa  
 gente. (*Por las escopetas que cada cual deja en un lado.*) Yo soy vuestro amigo.

Esechar lo que les digo  
que a todos les interesa.

Ustedes son...

BAN. 1.º Qué!

ENG. Ladrones!

ovejas descarriadas  
por el mundo, desmandadas  
cada cual por sus razones.  
Pero, ladrones sin fuero,  
en esto soy yo muy dueño:  
ustedes trabajan mucho  
y otro se lleva el dinero.

BAN. 1.º Es verdad.

ENG. Y eso es razón?

BAN. 2.º No lo es.

ENG. Y seguir así

os conviene?

BAN. 1.º Que no.

ENG. Aquí  
se os presenta la ocasión.  
Yo vengo á echarme á la vida  
y necesito de gente:  
quieren ustedes que al frente  
me ponga de la partida?

BAN. 1.º De modo...

ENG. Sin vacilar

se responde.

BAN. 1.º Es que hay un hombre  
que manda aquí

ENG. A ver su nombre.

BAN. 1.º Jalali.

ENG. No ha de mandar.

BAN. 1.º Si viene...

ENG. No ha de venir.

BAN. 1.º Pues cómo?

ENG. Era un malvado,  
y al fin yo lo he despachado.

BAN. 1.º Murió?

ENG. Yo lo vi morir.

BAN. 1.º Pero otro nos causa escama;  
nos manda, y es poderoso.

ENG. Cómo se llama ese mozo?

BAN. 1.º Don Pedro de Arias se llama.

ENG. Pues á ese vengo buscando,  
y de ustedes necesito.

Para abrir el apetito  
vayan ustedes contando.

(*Reparte con profusion dinero entre los cuatro  
bandidos.*)

BAN. 1.º Cuánto oro!

ENG. Tengo yo un plan  
que habrá dinero de sobra.  
De lo que robeis, no cobra  
nada el nuevo capitán.  
Hecho el pacto?

BAN. 1.º Convenido.

QUIT. Este es un mozo rumbo!

BAN. 1.º Viva el capitán!

BAN. 2.º Que mozo!

QUIT. Quietos, que no he concluido.  
Lo primero que hay que hacer  
para el negocio empezar,  
es llegar á averiguar  
donde se halla una mujer.

(*¡Cielos!*)

ENG. Don Pedro robarla  
de Madrid ha conseguido.

BAN. 1.º No sabemos...

Escondido

la habrá. Vamos á buscarla.

Jurarne que no sabeis...

BAN. 1.º Yo juro...

BAN. 2.º Y yo...

ENG. (*á Quiteria.*) Y tú tampoco?

QUIT. Yo no...

ENG. Pues me vuelvo loco

ó la encuentro... Ya vereis  
como la hallamos.

BAN. 1.º La nueva

es forzoso registrar.

Allí se debe encontrar.

QUIT. (*Respiro.*)

ENG. Hagamos la prueba

Yo os daré mas que robar

es posible en todo un año,

si me la encontráis sin daño.

Vamos, vamos á buscar.

Y entendid: ni por asomo

la ofenda nadie; á saber,

que esa mujer es mujer...

BAN. 1.º De usted?

ENG. No; de Juan Palomo.

BAN. 1.º Del famoso capitán

de los Niños?

ENG. Sí, del mismo.

BAN. 1.º Sacramento del bautismo!

A buscarla con afán.

ENG. Vamos. Tú, moza bonita,

no digas por Jesucristo,

que en toda tu vida has visto

á Engrudo ni á Luis Chapita.

(*Vanse por el foro.*)

### ESCENA III.

QUITERIA sola

Ay! Dios mío! Yo estoy muerta!

Si descubren que en mi casa

está don Pedro, con esa

señora que ellos buscaban...

Y quién se atreve á decirles?

Que! Si se enteran, me matan,

que el señor Engrudo, es

un mozo con mucha alma.

Válgame Santa Quiteria:

Qué compromiso! Mal haya

hasta la hora en que yo

esto consentí en mi casa!

Ya se vé, está una tan pobre,

que hace cuanto se le manda,

solo por tomar dinero:

pero qué, en una semana

no me dá á ganar don Pedro,

lo que con este se gana.

Y vaya si me ha flechado!

Qué! Si tiene mucha gracia;

y un rumbo... Pero, está claro,

es andaluz, y esto basta.

Qué hago? Avisar á D. Pedro

es lo prudente; que salga

con la señora, y muy lejos

á estar seguro se vaya.

Así no me comprometo,

porque así nada se aclara.

(*Llega á la puerta de la izquierda y llama.*)

Salga usted.

(*D. Pedro abre con llave, sale y vuelve á cerrar.*)



ESCENA IV.

*La misma y D. PEDRO*

D. PED. Nada me digas  
porque todo lo he escuchado.

QUI. Y ella?

D. PED. Tambien.

QUI. Ay! Dios mio!

D. PED. No temas; está en mis manos.

Tú ve de esa gente infiel  
á seguir todos los pasos.  
Si se vuelven hacia aquí,  
avisa al momento. Vámonos,  
que está nuestra vida en riesgo  
y salvarla es necesario.

QUI. Voy. (Yo no guardo el secreto:  
como los encuentre, canto.)

*(Vase por el foro. D. Pedro cierra con llave dicha  
puerta, y coloca algunos muebles delante de la  
misma. Luego abre la de la izquierda.)*

ESCENA V.

*D. PEDRO y MARÍA*

D. PED. Ya podeis salir, señora.

MAR. Se fueron! Tigre inhumano!

Vienen por mí, y te resistes  
á soltarme?

D. PED. Hable usted bajo.

Considere usted, María,  
que en el trance en que me hallo,  
estoy decidido á todo,  
y si sintiese los pasos  
de esos hombres, con la vida  
de usted sus pesquisas pago.  
Aqui le hay dos caminos.  
He sufrido tiempo largo.  
Hace que estoy cuatro días  
á los pies de usted rogando,  
por conseguir un amor  
que me hace ser desgraciado.  
Usted bien sabe, señora,  
que á haber querido, en mis manos  
he tenido el reducirla  
por la fuerza; no he pensado  
en ello, porque seguro  
estaba, que usted al cabo  
á mi amor se rendiría  
comprendiendo cuanto la amo.  
Ya es imposible seguir  
en esta lucha: ya estamos  
entre la vida y la muerte.  
ó usted, mi amor coronado,  
se rinde á mis exigencias,  
ó yo, que perdido me hallo,  
atropellando por todo  
á la fuerza rompo el campo.

MAR. Pues bien; yo aseguro á usted,  
que quizás mañana... acaso...

D. PED. Necia! Engañarme pretendes...

MAR. No, don Pedro; no es engaño.  
deje usted que me reponga,  
que yo salga de este estado,  
que vea á mi hijo, que pueda  
con mi esposo hacer un pacto.

D. PED. Con tu esposo! Miserable!  
Con tu esposo! ¿que has hablado?  
Quieres aumentar la llama

de los celos en que ardo?  
Escuchó; no te lo he dicho  
para consolarte en algo.  
Tu esposo, no lo veras  
otra vez entre tus brazos:  
aquella noche; la noche  
en que te tendí aquel lazo,  
no satisfecha mi súplica,  
mi venganza, le esperamos,  
y al salir...

MAR. Eso es mentira.  
No eres capaz de esperarlo,  
porque tú eres un cobarde,  
y él...

D. PED. No te esfuerces en vano.  
Ya yo sé que era un valiente,  
por eso busqué yo un brazo  
que le sujeto.

MAR. Concluye  
de una vez, tigre...

D. PED. Y mi mano  
le dió tan certero golpe,  
que cayó á mis pies.

MAR. *(fuera de sí.)* Malvado!  
Y eres tú quien me lo dice?  
Y eres tú el hombre que ha estado  
rogándome cuatro días  
que le admita como esclavo?  
Y has osado á Juan Palomo,  
al ser que mas idolatro  
en el mundo? No te temo!  
Ven, ven, cobarde, te aguardo.  
Ven, que es tanto lo que te odio,  
que aun viéndome en este estado,  
si te atreves á llegar  
te despedazan mis manos.  
Ven, ven, pero no vendrás;  
eres un cobarde; asco  
me dá de verte tan chéico  
ante mí que tanto valgo.

D. PED. María?

MAR. Qué! Te sofocas?  
Asesino, hombre inhumano.  
Tú sabes lo que me has dicho?  
Tú sabes que me has tornado  
á ser fiera de la Sierra,  
á ser mujer de los campos,  
á la que nació entre tigres,  
á la que vivió entre malos?  
Te he sufrido resignada  
la esperanza alimentando  
de que viniera mi Juan  
á salvarme; has revelado  
el secreto que te pierde;  
has puesto en mi Juan tu mano,  
y como eres un cobarde  
y yo me siento con ánimo  
de luchar contigo, ven,  
ven, si te atreves; te aguardo.  
Vacilas?

D. PED. Por Dios, María!

MAR. Ya sé que no estás armado.  
Ven, que si á tanto te atreves  
juro que no has de contarlo.

D. PED. María, no puedo mas;  
tanto me estas insultando  
que no puedo contenerme.  
El tiempo se pasa rápido.  
Van á venir. De una vez

responde; no hay que pensarlo  
ó me sigues para siempre,  
ó no respondo...

ENC. (*dentro golpeando la puerta.*)  
Alto, alto.

Esta puerta.

D. PED. (*fuera de s.*) Ya lo ves:  
al fin...

MAR. (*gritando.*) Venid pronto: vamos.  
socorredme, que me mata.

ENC. (*dentro.*) Voy á cegar la puerta abajo.  
(*Desde este momento hasta la salida de Engrudo y  
los demás se sienten golpes como de estar derriban-  
do la puerta.*)

D. PED. Ah! Tú lo has querido. Ahora  
que ya perdido me hallo,  
no hay compasión.  
(*Se agarran María y don Pedro y luchan desespera-  
damente hasta caer en tierra.*)

MAR. Asesino!  
Socorro!...

(*Ya en este momento, don Pedro tiene cogida á  
María por el pescuezo, violentándola hasta dejar-  
la exanimada.*)

D. PED. Ya estoy vengado.  
Ahora yo... no... por aquí...

(*Recorre toda la habitación buscando una puerta por don-  
de salir; llega á la de la izquierda y recordando que no tiene  
salida, retrocede á la chimenea, y se decide, despues de va-  
cilar, á subir por ella como lo ejecuta rápidamente. Apenas  
don Pedro ha desaparecido, se desploma la puerta del foro: los  
que van á entrar pugnan por abrirse paso, como lo consiguen  
al fin.*)

### ESCENA VI.

MARÍA en el suelo; ENGRUDO, al CIERVO, QUITERIA y  
cuatro bandidos.

ENC. Ay! Que perdimos el salto.

CIERVO. Esta mujer! (*reparando en María.*)

QUIT. Está muerta.

CIERVO. Es María! Cielo santo!

Y Juan que vendrá ya cerca,  
y que me mandó esperar!

ENC. Pero el pícaro... No está...

Oh! Por aquí se ha escapado

(*Ejecuta el mismo juego escénico que anteriormente  
don Pedro, hasta subir como el por la chimenea  
por donde desaparece.*)

### ESCENA VII.

Los mismos, menos ENGRUDO.

CIERVO. Pobre Juan! Siempre su estrella!

No hay que perder tiempo. Andando.

Recojer á esa mujer

y meterla en ese cuarto.

QUIT. Pobrecita! Y era hermosa  
como un sol.

CIERVO. Vamos, volando,  
á llevarla.

BAN. I.º Pero, usted...

CIERVO. El que me ponga reparo...

BAN. I.º (Si será otro de los Niños?)

Quando manda así; está claro.)

(*Los bandidos recogen á María y la conducen por la  
puerta izquierda, volviendo ellos después.*)

QUIT. Dice usted que Juan Palomo?

CIERVO. Sí, que lo estoy esperando.

QUIT. Qué ganas de conocerlo  
tengo? Dicen que es tan guapo!

CIERVO. Si, pues á buen tiempo llega:  
para guapezas estamos.

Señor, y yo que le digo?

Cómo este golpe le largo?

El que viene con fatigas

el camino atravesando

con el afán de encontrar

á su mujer... qué fracaso!

Por supuesto, que ese Engrudo

la culpa tiene: habrá estado

pasando el tiempo en tonterías

ó echándosela de majó

con esta muchacha, y mientras

el otro, se ha aprovechado:

y viéndose ya cogido

dió un golpe á María, es claro

BAN. I.º Me parece que se sienten  
las pisadas de un caballo.

CIERVO. Pues, hijos, resignacion  
si es que aquí sucede algo.

(*Sale al encuentro de Juan Palomo, que llega; al  
verlo se detiene, y se lleva las manos á los ojos.*)

### ESCENA VIII.

Los mismos, y JUAN PALOMO.

CIERVO. Juan!

JUAN. Llegué tarde; lo sé.

CIERVO. Que lo sabes?

JUAN. Lo sospecho.

CIERVO. Juan!

JUAN. Callas! Lo ves? Que he hecho?

Dios mío!

CIERVO. Lloras? Por que?

Mira que te están mirando:

qué dirá de ti esa gente?

JUAN. Dirán que han visto á un valiente  
por sus pesares llorando.

Qué me importa?

CIERVO. Qué agonia!

Cálmate un poco; descanza...

JUAN. Perdida ya la esperanza,

dónde encontraré alegría?

Ciervo, ya sufrir no puedo.

que mi paciencia se acaba.

Muchos males esperaba,

mas ya á tantos tengo miedo.

Dime pues, lo que haya sido

de María... Asesinada

quizás...

CIERVO. En esta posada.

JUAN. Y quién?...

CIERVO. No lo has comprendido?

JUAN. Pero, cómo...?

CIERVO. Y yo lo sé?

cuando yo llegaba aquí,

venia Engrudo tras de mí,

y al verlo le pregunté:

Llega pronto.—Me responde.

Llega, que llegamos tarde.

que la mata ese colarde.

Llama pronto.—Pero á dónde?

Entonces logré entender

y en esta puerta escuchar

una voz fuerte llamar,

que era una voz de mujer.

Llamamos, y nada, nada:

nadie á nuestra voz contesta,  
nos dan por toda respuesta  
alguna voz, pero ahogada.  
Echamos la puerta abajo  
después de mucho llamar,  
y cuando fuimos á entrar...

JEAN. Vamos; dílo sin trabajo.

CIERVO. María...

JEAN. Acaba. Por vida!...

CIERVO. Negro el rostro, destrozada  
su ropa... En fin, Juan, ahogada,  
se encontraba aquí tendida.

JEAN. Muerta?

CIERVO. Vas á preguntar?

JEAN. Dios mío!

CIERVO. Por de contado.

JEAN. Pero él...

CIERVO. Se había escapado.

JEAN. Y no le has podido hallar?

Oh! Cobardes! Ese es  
vuestro afán por mí?

QUIT. (Qué enredo!)

JEAN. Tuvisteis acaso miedo,

ó ya no os causo interés?

CIERVO. Juan, si tu dolor no viera,  
quizá no te respetara.

Cobarde yo! Y en mi cara  
decírmelo!...

JEAN. Ciervo, espera.

y por Dios, no me hagas caso,  
que de pena me sofoco.

No puedo mas, estoy loco!

QUIT. (No es para menos el paso.)

JEAN. Perdóname, si ofender

pude al amigo querido.

Ciervo, todo lo he perdido,  
cómo á tí te he de perder?

CIERVO. Una mujer llora y pena

en este mundo de abrojos:

no se le secan los ojos;

y eso es de amor; Magdalena...

JEAN. Calla!

CIERVO. Tu mujer, allí

está. Ya no sufre nada.

Paga una deuda sagrada,

mira que muere por tí.

Ya que Dios en su razon

pesares dá á tu quebranto,

enjuga al menos el llanto

que destroza un corazon.

Un corazon que bebía

de tu cariño el aliento,

que muere de sufrimiento

desde que hallaste á María.

Y Dios te bendecirá,

y allá des le el alto cielo,

acaso para consuelo

su perdon te mandará.

Dios no ha querido á tu pena

darle la esposa del alma.

ve, Juan, á buscar la calma

al lado de Magdalena.

JEAN. Iré, pues lo quiere Dios.

CIERVO. El dé reposo á tu vida.

JEAN. Ya tengo la tñ perdida.

CIERVO. Ella de tu vida en pos

á tu pecho tornará.

Dios tan solo el mundo rige.

y él, que todo lo dirige

alma tambien te dara,

JEAN. María! La quiero ver.

CIERVO. Y qué vas á conseguir?

Déjate de mas sufrir,

dejate de padecer.

Te estas ahogando, la herida

está por cicatrizar.

Es, que quieres acabar

ya de una vez con tu vida?

JEAN. Oh! no puedo.

CIERVO. Por mi nombre!

Otra vez llorando? Quieres

redoblar tus padeceres?

Acuérdate que eres hombre

Acuérdate que en el cielo

hay un Dios que es infinito

después de tanto conflicto

él, Juan, te dará consuelo.

Acuérdate que te espera

un ángel en oracion;

ten de ese ángel compasion.

JEAN. Ay! Ciervo!

CIERVO. Me desespera!...

JEAN. Yo vine al mundo á penar,

viviendo en dolor profundo.

CIERVO. Dios para eso vino al mundo

y se hizo crucificar.

(Juan reflexiona un momento; echos los brazos en el aire.)

Ciervo, y salen los dos.)

## FIN DEL ACTO CUARTO

## ACTO V.

### Pobreza y Expiacion.

(Patio de un cortijo, cerrado por tapia al fondo; por una de la cual se descubre una montaña espesa. Puerta con cobertizo á la izquierda, que da entrada á la casa; otra á la derecha que comunica al pajar. Sillas rústicas, entre ellas una grande con brazos, colocada á la izquierda delante de la puerta. Al levantarse el telón, aparecen sentados á la derecha, en primer término, el Ciervo, el tío Caracoles hablando entre sí, mientras varios labriegos de ambos sexos forman grupo, entre los cuales uno canta á la guitarra.)

### ESCENA PRIMERA.

El CIERVO, el tío CARACOLES, LABRIGOS.

LAB. (Cantando.) De las penas del mundo

la mayor pena,

es querer y que á uno

nadie lo quiera.

Quien amor siente,

ya tiene en esta vida

hecha su suerte.

CAR. Vamos, muchachos; ya es hora

de recogerse, que luego

hay mucho que madrug

para ganarse el sustento.

(Los labriegos se levantan, y se van retirando.)

Hasta mañana, muchachos.

Buenas noches. Vaya, Ciervo,

conque tanto pena Juan?

CIERVO. Su mal no tiene remedio.

Han sido muchas desgracias.

CAR. Pero yo, por lo que veo,

la señorita lo quiere

con delirio, con estremo.  
 CIERVO. Y qué le produce á Juan  
 ese amor? Remordimientos  
 tan solamente le causa,  
 por mas que yo le aconsejo.  
 Tío Caracoles, para el  
 están muy malos los tiempos.  
 Juan, hecho á manejar mucho,  
 se vió un día sin dinero.  
 Tropezó con su mujer  
 que buscaba con empeño,  
 y tropezó en mala hora,  
 pues una noche, me acuerdo,  
 á él dieron dos puñaladas  
 y á ella... Vamos, si no quiero  
 recordar... Calcule usted  
 si el asunto es para menos.  
 Encontrarse á su mujer,  
 encontrarse á su hijo Diego,  
 á quien Juan había herido  
 poco antes sin conocerlo;  
 ver un poco de fortuna,  
 mirarse unidos con ellos,  
 creerse feliz, y de pronto  
 perder á ella y creerse muerto!  
 Por fortuna sus heridas  
 curaron en poco tiempo,  
 y salimos á buscar  
 á María; pero el perro  
 que se la llevó al saber  
 que nosotros deseubierto  
 habíamos, sin pensarlo,  
 su escondido paradero,  
 á María asesinó  
 casi en el mismo momento  
 que llegábamos; de allí,  
 sin que se advirtiese, huyendo.  
 CAR. Pero, dice usted que Engrudo?...  
 CIERVO. Engrudo en su seguimiento  
 salió, pero, para qué?  
 Ni al picaro ha deseubierto,  
 ni de él se ha sabido más  
 desde que salió á cojerlo.  
 CAR. Y entonces, Juan?...  
 CIERVO. Juan entonces  
 llevado de mis consejos,  
 se retiró de aquel sitio.  
 Dejé dispuesto el entierro  
 de María, y á Madrid  
 nos marchamos al momento.  
 Al llegar nos encontramos  
 con otro gran contratiempo:  
 conque el hijo de María  
 de su herida había muerto.  
 Calcule usted cual de Juan  
 sería entonces el sentimiento.  
 Haber perdido á María,  
 haber matado á su Diego,  
 y encontrarse á Magdalena  
 también pensando y muriendo.  
 El se abatió, pero yo  
 me dije: qué nos hacemos?  
 Si esta muchacha se muere,  
 no hay ya en el mundo consuelo  
 para Juan.—Entonces fui  
 y mandé llamar al médico.  
 Vió á la enferma y recetó  
 que sacandola del cielo  
 que se respira en Madrid,

se la condujese á un pueblo  
 de aires puros. Hable á Juan,  
 y acordandose del tiempo  
 en que andaba por la sierra,  
 me dijo:—Quisiera, Ciervo,  
 irme al cortijo del tío  
 Caracoles: los recuerdos  
 que aquel sitio para mi  
 tienen, me darán consuelo.  
 Allí viví con mi madre,  
 allí á mi hermano dió el cielo  
 una mujer á quien yo  
 amé con delirio ciego.  
 Allí conocí á María,  
 allí á mi padre vi muerto,  
 allí á Dios pedí perdón  
 y allí el indulto nos dieron.  
 Allí está mi sino; allí  
 quiero que vayamos.—Bueno  
 le dije: y todas las cosas  
 al instante disponiendo,  
 arreglamos el viaje  
 y nos vinimos.

CAR. Por cierto  
 que me dió tanta alegría!  
 Como que yo en otro otro tiempo  
 lo conocí... Pero, dime:  
 de su hermano, qué se ha hecho?

CIERVO. Quién sabe! Cuando el perdón  
 á todos siete nos dieron,  
 él se casó con Luisa.  
 Tomó posesion á un tiempo  
 del título y del caudal  
 de ella, y los dos se fueron,  
 para evitar que la gente  
 murmurara, al extranjero.  
 De allí pasaron á América,  
 á Juan entonces escribieron,  
 y él les contestó, y al cabo  
 de dos años; qué! de menos,  
 cortaron correspondencia  
 y nada á saber se ha vuelto,  
 por mas que se ha preguntado  
 del paradero de ellos.

CAR. Y dime tú: del caudal  
 de María, qué se ha hecho?

CIERVO. Como que murió su hijo,  
 unos parientes vinieron  
 y se cargaron con todo.

CAR. Válgame Dios, cuánto enredo!

CIERVO. La vida de Juan Palomo  
 es una vida de perro;  
 solamente él sufriría  
 lo mucho que está sufriendo.

CAR. Y ya se tarda esta noche.

CIERVO. Le prueba bien el paseo  
 á Magdalena.

CAR. La pobre  
 está mal...

CIERVO. Ya lo comprendo.

CAR. Con los aires de la sierra,  
 quizás...

CIERVO. Qué, no; lo que es eso...

Si se casáran, tal vez...

El á hacerlo está dispuesto.

CAR. Cállate, que viene.

CIERVO. Asómese usted.

CAR. (Asomándose al foro.) Son ellos.

(*Entran por el fondo Magdalena, apoyada en los*

*brazos de Juan Palomo y Quiteria*

## ESCENA II.

*Los mismos y JUAN PALOMO, MAGDALENA y QUITERIA*

JUAN. Buenas noches.

CIERVO. Buenas noches.

CIERVO. Qué tal?

MAG. Bien, con el paseo.

JUAN. Hoy está mucho mejor.

CAR. Se conoce.

CIERVO. Me alegro.

JUAN. Quieres recogerte ya?

MAG. No, Juan, que tan bien me siento,  
que aquí descansar mejor  
que recogerme prefiero.QUIT. En esta silla. *(señalando la de brazos)*

MAG. Sí, sí.

Aquí. *(La dejan colocada en la silla)*JUAN. *(Este rato aprovecho  
para hablarla.)*CIERVO. Pues nosotros  
entonces, vámonos dentro,  
que ustedes querrán hablar.

MAG. Es igual...

JUAN. *(Déjanos, Ciervo.)*QUIT. *(Y Engrudo sin parecer!...  
Qué será de él?)*CIERVO. Ahí dentro  
te esperamos. Vámonos, tío  
Caracoles.CAR. Hasta luego. *(vase.)*

## ESCENA III.

JUAN y MAGDALENA.

JUAN. *(sentándose cerca de Magdalena)*  
Qué noche tan hermosa!

MAG. Sí.

JUAN. Cuántas de ellas  
pasé en mis mocedades  
por esta sierra!

MAG. Feliz serías.

JUAN. Feliz! Nunca lo he sido,  
por mi desdicha.MAG. Pero puedes aun serlo.  
Tu vida es larga.  
Triste yo, que la mía  
miro cual pasa.

JUAN. Si das en eso...

MAG. Ay! Juan! que esto se acaba...  
Dios lo ha dispuesto!

JUAN. Pobrecilla!

MAG. Del día  
cuento las horas,  
y todas las que cuento  
todas me sobran.  
En un momento,  
cuando mas descuidada...  
la muerte espero.JUAN. Vámonos; esa es manía,  
tu mal no es grave...  
Pronto hallarás alivio  
con estos aires.  
Dios quiere mucho  
los ángeles.

MAG. Qué dices?

JUAN. Que tú eres uno.

Y hoy tu vida, y ayes vida.

MAG. Vana quimera!

Un momento tranquilo  
que Dios me deja.

Después...

JUAN. Capricho...

MAG. Después... Breve es la calma  
del tiempo mío.JUAN. Pues bien; ya que tranquila  
te encuentre ahora,  
es menester que hablemos  
de muchas cosas.

MAG. También lo ansio.

JUAN. Empieza tú.

MAG. Primero  
tú.JUAN. Yo he vivido  
luchando en una guerra  
grande, muy grande;  
no conocí del mundo  
más que pesares.  
Vida de abrojos;  
de llorar ya no tienen  
llanto mis ojos.  
Tú lo sabes. En medio  
de estas fatigas,  
una ilusión risueña  
me daba vida.  
Pensando en ella,  
mitigar he podido  
tanta tristeza.Una vez la fortuna  
en mi camino,  
esta ilusión me puso  
como un prodigio.  
Dios le dió forma  
de mujer, siendo un ángel;  
mujer hermosa.Ella tan solamente  
pez á mi pecho  
daba, en mitad acaso  
del desconsuelo;  
que ella me amaba,  
cuando solo á mi lado  
se consolaba.Yo la miraba pura  
y me decía:  
—Su honor es su tesoro;  
quién se lo quita?Yo no soy mío,  
no puedo darle ahora  
más que martirio.  
Y así volaba el tiempo,  
ella soñando,  
y yo muerto por ella,  
muerto, y penando.Ella callaba;  
yo también mis amores  
se los negaba.Así pasaron tantas  
y tantas cosas!...La niña en este mundo  
se hallaba sola.Yo, poco a poco,  
también en este mundo  
me miré solo.Mas vi que ella enfermaba,  
que se moría,  
que acaso eran amores

los que sufrí  
Yo que espiraba  
y era también de amores,  
qué hacer, si amaba?  
Una noche, ... cual esta,  
para, tranquila,  
yo me encontré con ella  
de silla á silla;  
y loco, ciego,  
quise á tantas angustias  
poner ya término.  
Le hable de mis amores  
de mi desgracia;  
le dije: — Dame vida  
que ya me falta —  
Y ella...

MAG. (con afán.) Dios mío!  
Ella...

JUAN. Acaba  
MAG. Te adoro.

mi Juan, te dije.

JUAN. Y luego...

MAG. (cortada.) De esa historia  
yo no sé nada...

JUAN. Luego, con tierno afecto  
los dos se amaban.

MAG. Y eran dichosos...

JUAN. Y Dios les daba vida,  
vida y reposo.

Sí, porque ella muriend-  
ha tiempo estaba,  
y desde aquel momento  
se reanimaba.

MAG. Sí; estaba buena.

Ay! Juan! Ay! Juan del alma!

JUAN. Ay! Magdalena!

(Magdalena poseída de febril entusiasmo deja caer  
la cabeza en cuanto lo permite la debilidad que padece,  
en los brazos de Juan.)

MAG. Ay! (Después de una pausa y como sintiéndose  
agravada en el mal que padece.)

JUAN. Qué?

MAG. (Que me siento mal.

JUAN. Eso será la emoción.

MAG. Es, Juan de mi corazón,  
que si una dicha ideal  
mi espíritu ha reanimado,  
porque feliz me he sentido,  
cuando se ha desvanecido  
comprendo que me he engañado!

JUAN. Oh! Magdalena!

MAG. Ay de mí!

Ahora morir...

JUAN. No, Dios mío!

Si tu mueres, ¡sino impío!

qué hago en el mundo sin ti?

Oh! no es posible; mi afán

Dios verá desde ese cielo,

y alguna vez á mi anhelo

dará la ventura...

MAG. Juan!

JUAN. Quizás eso será nada.

Un mareo...

MAG. Puede ser...

JUAN. La emoción. Quizá el placer

MAG. Me siento tan fatigada...

JUAN. Es forzoso. Esta agonía

es preciso disipar

y de una vez acabar.

Mañana, al romper el día,  
fuerza es que hizo sagrado  
nos una. Cerca de aquí  
hay una capilla; allí  
un ermitaño encerrado  
dicen que existe. Enviaré  
á buscarle, y conclusión,  
dándonos su bendición,  
á esta situación pondré.  
En tanto tú descansar  
debes.

MAG. No, Juan, que me siento  
mejor y quiero el momento,  
que es precioso, aprovechar.  
Un secreto hay en mí ser  
que aunque me impone respeto  
el decirlo, es un secreto  
que se tiene que saber.  
El momento ya ha llegado,  
pues que te espresaste así.  
Venga ese ermitaño aquí.  
Cuando le haya revelado  
el secreto, él me dirá  
si debo aceptar tu mano  
y descubrirte el arcano.  
Hazle venir.

JUAN. Sí, vendrá.

Pero ese secreto...

MAG. Es mío

Primero la religión.

Haga yo mi confesión

y después en Dios confío.

JUAN. ¡Ciervo! (llamando.)

#### ESCENA IV

Los mismos, el CIERVO, el Tío CARACOLÉS y QU-  
IERGA.

CIERVO. Qué quieres?  
JUAN. Preciso

es que el camino tomando,  
vayas de aquí á la capilla  
y digas al ermitaño  
que venga, que es caso urgente.

CIERVO. Pues, qué hay?

JUAN. Haz lo que mando.

Qué te paras? Magdalena  
necesita de su amparo.  
Quiere confesar con él,  
pues mañana nos casamos.

CIERVO. Bien, Juan, me das tanto gusto  
con eso, que ya no paro  
hasta verme aquí de vuelta  
con ese buen ermitaño.

QUI. (Todos se casan aquí,  
y Engrudo sin venir... Vamos,  
que esto es para que una loca  
se vuelva.)

(Aparece en la puerta del foro D. Pedro con el mismo ros-  
page que en el acto anterior, pero sucio y despedazado, la  
barba larga y marcadas en su rostro las huellas del hambre  
y del cansancio.)

#### ESCENA V.

Los mismos y D. PEDRO.

CIERVO. (alsado.) Qué es eso, hermano?  
Qué se ofrece?

D. PEDRO. Algun socorro

necesito. Caminando  
vengo, y al llegar aquí  
me he sentido tan cansado,  
que á implorar la caridad  
de ustedes llegué.

CIERVO. El amo  
es el señor. (Me parece  
este hombre mal encarado.)

CAR. Pues que Dios ampare á usted.  
Tengo el cortijo ocupado  
con la gente, y descansar  
aquí no puede...

D. PED. Qué aciago  
es mi sino. En este mundo  
para el pobre no hay amparo.

JUAN. Y de dónde viene?

D. PED. Vengo  
de luengas tierras.

JUAN. Y, andando?

D. PED. Los pobres así caminan.  
(Qué miro? Esa cara!)

(queriendo reconocer á Juan.)

MAG. Vamos,  
Juan, intercede por él.

D. PED. (Juan, es él! Dios me lo ha echado  
en mi camino!)

JUAN. Buen viejo,  
ya que otra cosa no hagamos  
buena en el mundo, siquiera  
la caridad...

CAR. Bien; hermano,  
recojase en el pajar.

D. PED. Dios se lo pague.

CIERVO. (Estos vagos!)

Conque, yo vuelvo. (vase.)  
(señalando la puerta derecha á Don Pedro.)

CAR. Por ahí.

(Vase Don Pedro por dicho lado, lanzando sobre  
Juan Palomo una mirada escudriñadora.)

## ESCENA VI.

JUAN PALOMO, MAGDALENA, el TIO CARACOLES y  
QUITERIA.

JUAN. Magdalena!

MAG. Juan.

JUAN. Descanso  
necesitas. Mientras llegan  
el Ciervo y el ermitaño,  
bueno es que pases adentro.  
La noche vá refrescando,  
y no puede convenirte  
estar aquí.

MAG. Vamos.

JUAN. Vamos.

Ayúdame tú. (á Quiteria.)

QUIT. Al momento.

(Cogen cada uno de un brazo á Magdalena para  
conducirla.)

MAG. Ay!

JUAN. Qué es eso?

QUIT. (Esto vá malo.  
La señorita se vá  
por la posta.)

MAG. Mas despacio.

No puedo.

JUAN. Qué! Estás peor?

MAG. Ay. Juan! Peor.

JUAN. (Cielosanto!

La voy a perder también?

Resignación.) (entran por la izquierda.)

CAR. Ese estado...

Tiene tan malos papeles,

que el vivir será un milagro.

(Entra tras ellos. Despues de un momento, sale  
Don Pedro con el mayor sigilo y cerciorandose de  
que nadie lo observa.)

## ESCENA VII.

DON PEDRO solo.

Es él... No hay duda... Su voz...

aquella cara... Su gesto...

Aquí sin duda me trae

para vengarme el infierno.

Qué casualidad! Oh! El sino!

Yo ya del mundo, qué espero?

Arruinado, fugitivo,

por los caminos muriendo...

Soy criminal, y mi crimen

estoy pagando. Hubo un tiempo

en que el mundo yo miraba

como mío. Hoy... Bah! Durmiendo

he vivido... Fué quimera...

No soy mas que un ser perverso.

La vida! Carga pesada!

Yo con la vida no puedo.

Maté á María... Despues

de María, ya qué espero?

Desde entonces vivo errante,

de la gente vivo huyendo,

del brazo de la justicia...

Por todas partes la veo...

Su sombra es mi sombra... Y hoy

con ese hombre me enueñtro

para recordar mi crimen,

para embrabecer mis celos.

Si pudiera... No saldrá.

Quién sabe! Mas tarde, luego

cuando todos se recojan,

cuando todo esté en silencio...

Probaré... No se aperciban

ahora... Por aquí... Esperemos.

(vase por la derecha.)

## ESCENA VIII.

El tio CARACOLES y QUITERIA.

QUIT. (lorando.) Ay qué dolor! Que se muere!

CAR. Quizás no.

QUIT. No está usted viendo?

Ya no le queda de vida

mas que de vivir deseos.

Qué lástima! Pobrecita!

Vea usted, cuando iban San Pedro

y San Pablo á bendecirla!

Qué desgraciadas que hemos

todas nacido.

CAR. Muchacha;

vamos, no llores.

QUIT. Si, quiero.

Que somos muy desgraciadas

las mujeres.

CAR. Si, por cierto.

Los hombres son muy felices!

QUIT. Pues ya se vé. Juegan ellos,  
y á la postre siempre ganan  
mientras nosotros perdemos.

Y mire usted, yo...  
 CAR. Pues tú,  
 que tienes?  
 QUI. Pues poco tengo.  
 Sin acordarme de un hombre  
 he vivido mucho tiempo.  
 Y no es que yo fuera buena,  
 no señor; pero no es esto  
 del caso. Un día vi á Engrudo,  
 él me echó cuatro requiebros,  
 me dijo unas cosas... vamos,  
 me entusiasmaron, me hicieron  
 por el perder el sentido:  
 así es, que cuando muy serio  
 Engrudo me dijo:—Envío,  
 es claro, yo dije:—Quiero.—  
 Luego se fué, le esperé,  
 no volvió y perdí el sosiego!  
 CAR. Mira, con el ermitaño  
 aquí se aproxima el Ciervo.  
*(Aparecen por el foro el Ciervo y María en traje  
 de religioso.)*

### ESCENA IX.

*Los mismos, EL CIERVO y MARÍA*

CIERVO. Mira, muchacha, acompaña  
 al padre: llévalo dentro,  
 y dile á Juan que aquí fuera  
 si algo se le ofrece, espero.  
*(cámbase María y Quiteria por la izquierda.)*

### ESCENA X.

*EL CIERVO y EL TIO CARACOLES*

CIERVO. Cómo está la enferma?  
 CAR. Mal.  
 CIERVO. Válgame Dios!  
 CAR. Por momentos  
 se va poniendo peor.  
 CIERVO. Y Juan?  
 CAR. Calcula.  
 CIERVO. Si a tiempo  
 se hubiera casado... vaya!  
 Si lo dije: si el ser bueno...  
 CAR. Cállate, que sale aquí.  
 CIERVO. Llorando!  
 CAR. Malo vá eso.

### ESCENA XI.

*Los mismos y JUAN PALOMO.*

CIERVO. Juan!  
 JUAN. Ciervo! *(llorando.)*  
 CIERVO. Vamos, prudencia.  
 JUAN. Déjame llorar.  
 CIERVO. Evita...  
 JUAN. Es que en mi pecho se agita  
 el grito de mi conciencia.  
 Magdalena!...  
 CIERVO. Ya lo sé;  
 pero puede...  
 JUAN. Ya no hay medio;  
 eso no tiene remedio.  
 CIERVO. Vamos, Juan, tengamos fe.  
 Si te apuras...  
 JUAN. La razón  
 se me ofusca. Cuando gimen  
 mis ojos, miro mi crimen

y mi grande expiación.  
 CIERVO. Pues, vamos, no hay que afligirse  
 pecho al agua, y á vivir.  
 JUAN. Ciervo, si se vá á morir,  
 no quieres?...  
 CIERVO. Pero morirse  
 es preciso?...  
 JUAN. Ya lo veo:  
 mas yo que en ella soñaba,  
 yo que en su amor esperaba,  
 que era mi solo deseo:  
 yo que un porvenir risueño  
 en ella había concebido,  
 todo lo miro perdido  
 cual la quimera de un sueño.  
 Tan malo he sido?  
 CIERVO. Y qué hacer?  
 Si es castigo, bien está;  
 no queda remedio ya,  
 mas que sufrir, padecer.  
 JUAN. Es que yo me arrepentí:  
 es que soy bueno.

CIERVO. No es caso;  
 para Dios diste un mal paso,  
 y te castiga.  
 JUAN. Ay de mí!  
 Solo otra vez!...  
 CIERVO. Juan, modera  
 tu dolor: conformidad  
 es preciso...  
 JUAN. Mi ansiedad  
 que es fundada considera.  
 CIERVO. Porque lo sé te consuelo.  
 No estaba, Juan, para tí.  
 Dios la lleva para sí  
 y le da entrada en el cielo.  
 Cumpliste con tu deber:  
 la trataste como honrado.  
 JUAN. Juro á Dios que no he tocado  
 con un dedo á esa mujer.  
 CIERVO. Y qué hace?  
 JUAN. Su confesión.  
 Resignada á su destino,  
 busca de Dios el camino  
 en la Santa Religión.

### ESCENA XII.

*Los mismos, QUITERIA, después los labriegos.*

CIERVO. Qué traes tú?  
 QUI. *(llorando.)* Yo...  
 JUAN. Oh! Lo comprendo.  
 Magdalena!... *(Corre hacia la puerta izquierda,  
 pero el Ciervo lo detiene; Quiteria se ha ido por  
 el fondo y vuelve a poco con los labriegos.)*  
 CIERVO. Juan, detente.  
 JUAN. Oh! Quiero verla...  
 CIERVO. Imprudente!  
 JUAN. Con verla á Dios yo no ofendo.  
 Quiero mirarla morir,  
 aspirar su último aliento.  
 Déjame.  
 CIERVO. No lo consiento.  
 JUAN. Ciervo, déjame salir.  
 CIERVO. Juan: qué vas á hacer?  
 JUAN. *(casi sin poder hablar de dolor.)* Dios mío!  
 Magdalena!  
 CIERVO. Dios lo manda.  
 JUAN. No me detengas.



CIERVO. *(alejandole paso.)* Pues anda.

JUAN. Suelítame.

*(Va á correr hacia la puerta de la izquierda, pero al dar el primer paso, la voz de María lo detiene. Está aparece en el dintel de la puerta.)*

ESCENA XIII.

*Los mismos y María*

MAR. Detente, impió.

JUAN. Oh! Esa voz!... *(retrocediendo admirado.)*

MAR. En tu demencia,

este grito que profiero,  
es el grito justiciero,  
el grito de tu conciencia.

JUAN. Oh! Vete, sombra, que al verte  
un mal augurio me das.

MAR. Entra pues, y encontrarás  
la agonía de la muerte.

JUAN. Oh!

CIERVO. *(Desgraciado!)*

MAR. Me envía  
el cielo...

JUAN. Mas... tú? Dios mío!  
Tu voz...

MAR. Mira...

JUAN. Desvarío!

Tú, tú? Dios santo! María!

MAR. De tu huella en el camino  
Dios conservó mi existencia  
para aterrorizar tu conciencia.  
Ya se cumplió tu destino.

JUAN. Pero...

MAR. Muerta me creí;  
como muerta me dejaron;  
dos bandidos me salvaron.  
Todos tus pasos seguí.  
Apenas pasado un día  
de tu conyugal dolor,  
en los gozes de otro amor  
olvidastes á María.  
Pero Dios, que en su poder  
y en su justicia es clemente,  
que te salve me consiente  
cuando te ibas á perder.  
Ibas á ser criminal  
otra vez...

JUAN. No te comprendo...

MAR. Ibas á casarte...

JUAN. Entiendo...

Iba á remediar un mal.  
Que yo muerta te creía,  
esa niña me adoraba,  
y porque yo no la amaba  
loca, ciega se moría.  
Y esto es crimen? No me aflija  
tu acusación...

MAR. Si por cierto,  
que el cuerpo que allí yace muerto,  
es el cuerpo de tu hija.  
*(admiración general.)*

JUAN. Justo Dios!

MAR. Oyeme, Juan.

Fingí penitente ser,  
tan solo por conocer  
donde llegaba tu afán.  
Y vine aquí falsamente  
á prestar en la agonía  
de esa niña, luz que envía

Dios en su bondad potente.

Llegué, observe y á la luz  
moribunda que allí estaba,  
vi que en su pecho brillaba  
de diamantes una cruz.

Mis ayes le preguntaron:

—Niña, esa cruz?—Me la dieron

los dos seres que murieron,  
que por mis padres pasaron.

Con ella puedo encontrar  
al ser que á mi ser me diera,  
y si morir no quisiera

es para poderlo halar.—

Frenética en mi ansiedad  
prorumpí. —Esa cruz es mía.—

y gritando:—Madre mía!—  
se elevó á la eternidad.

JUAN. Dios mío!

MAR. En tanta adicción

dudar de Dios no es posible.

Cuando el crimen es terrible,  
es terrible la expiación.

Y es que nuestra vida está  
llena de horror y de espanto,  
llena de luto y de llanto.—

*(Suena por la derecha un disparo de arma de fuego.)*

JUAN. Oh! Qué es esto?

CIERVO. Qué será?

*(Todos van á correr hacia la puerta de la derecha, pero se contienen al ver presentarse en ella á don Pedro herido mortalmente y con un puñal en la mano. Este primero se apoya sobre el quicio de la puerta, después fija su atención en Juan y en María, los reconoce, dá un paso hacia ellos, preparando el puñal como para acometerlos, pero le faltan las fuerzas y cae después de la transición y los versos siguientes.)*

ESCENA ULTIMA.

*Los mismos, D. Pedro, después ENGRUDO.*

D. PED. María!... Viva!... El infierno!...

Oh! Maldición! Ah! *(cae.)*

CIERVO. Qué ha sido?

MAR. El! *(reconociéndole.)*

JUAN. *(id.)* Infame!

MAR. Lo ha traído

su mal sino...

JUAN. Dios eterno!

Mas sangre! Mas, quién ha osado...

Quién ha matado á ese hombre!

ENC. *(apareciendo por la derecha.)*

Quien juró vengar tu nombre  
y quien cumplió lo jurado.

Tonos. Engrudo!

ENC. Tarde llegué

para salvar á María.

Juré vengarla, á fe mía,

que hasta hacerlo, no paré.

La noche de la pelea,

cuando allí la asesinó,

el pícaro se escapó

por aquella chimenea.

Por la misma le seguí,

y así tres meses he estado

hasta que hoy desesperado

ya de encontrarlo, le ví.

Aquí entró; busqué ocasión

para poderlo atrapar;

me colé por el pajar

y le di mi absolución.

Pero usted?... (á *María*.)  
 MAR. Qué hay que te asombre?  
 VIVO...  
 ENO. Y tú aquí? (á *Quiteria*.)  
 QUI. Pues, qué hacer?  
 Te quise...  
 ENO. Vaya, mujer,  
 ven, aquí tienes á un hombre.  
 Pero, qué pasa hoy aquí?  
 QUI. Que murió la señorita  
 Magdalena...  
 ENO. (llorando.) Pobrecita!  
 JUAN. María! (abriendo los brazos.)  
 MAR. Juan! (cayendo en ellos.)  
 JUAN. Ven; así!  
 Siempre unidos! Un hogar  
 pobre, muy pobre me espera.  
 MAR. Iremos. Allí siquiera  
 podremos solos llorar.  
 Hijos míos!  
 JUAN. Está bien;  
 por nuestros hijos floremos.  
 Nosotros no tardaremos  
 en ir con ellos también.  
 Dios es justo. Fui ladrón,  
 aunque á nadie asesiné;

todas mis culpas pague  
 en una eterna aflicción.  
 Nada tengo, no me queda  
 mas que un corazón helado  
 para llorar mi pecado;  
 que Dios al fin me conceda  
 un lecho donde morir  
 en un retiro escondido,  
 ya que el mundo no ha querido  
 mi pecado redimir.  
 La pompa del mundo vana  
 hace que el vicio domine,  
 y que el hombre no imagine  
 lo que le espera mañana.  
 Fuera vanidad mundana  
 al ver nuestra contricción,  
 nos dará Dios su perdón  
 porque yo recapacité,  
 que si grande fué el delito  
 grande ha sido la expiación

FIN DEL DRAMA.



